

INTRODUCCIÓN

Una contienda bélica genera un enorme drama colectivo. Rota la capacidad de diálogo, las armas imponen la ley del más fuerte. En la retaguardia, la convivencia se torna suspicaz con el vecino y hostil con el enemigo. Y, cuando se abre la puerta al terror, aparecen las mayores bajas en las que puede incurrir el hombre y, también, los comportamientos nobles y heroicos. Así fue la guerra civil española (1936-1939), que encarnó la lucha y la represión de familias y de pueblos hermanos. Su desarrollo y sus consecuencias han dejado heridas que, por diversos motivos, todavía perduran en el primer tramo del siglo XXI.

Dentro de la complejidad de semejante conflicto armado, nuestra mirada se detiene en lo que en aquel momento era una pequeña institución católica, el Opus Dei, nacida siete años y medio antes, en 1928. Dos son los motivos que nos movieron a estudiarla. Por una parte, deseábamos conocer los modos con los que José María Escrivá transmitió el mensaje del Opus Dei en un contexto de guerra, tan distinto del vivir ordinario. En este sentido, queríamos contemplar el desarrollo de esa institución en los tres años de conflagración y, más en concreto, los aspectos fundacionales que Escrivá custodió en los momentos de mayor dificultad¹.

¹ En esta exposición de hechos, aparecerá el nombre del fundador del Opus Dei como se utilizaba en los años treinta del siglo pasado: José María Escrivá Albás. Del mismo modo, mencionamos el primer apellido de Mons. Álvaro del Portillo sin la contracción “del”, que añadió después de la guerra civil. Cf. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia en la historia del Opus Dei (1933-1939)*, Rialp, Madrid 2016, p. 11, nt. 1; y p. 189, nt. 326.

Por otra parte, existía un motivo coyuntural. Durante más de un lustro, habíamos dedicado nuestro trabajo intelectual a una monografía que analizaba la primera actividad corporativa o institucional del Opus Dei: la Academia y Residencia DYA. Esta iniciativa desplegó su actividad durante la etapa final de la Segunda República española (1931-1936). Una vez acabado aquel libro, la lectura de la documentación nos incitó a seguir adelante, adentrándonos en los años de la guerra civil.

Desde el inicio de la investigación comprobamos que la evolución del Opus Dei y la vida de sus miembros en la zona republicana fueron muy diferentes a las del lado nacional. Aunque no eran historias yuxtapuestas —hubo contactos entre los dos espacios en guerra—, el contexto social de una zona fue completamente diverso al de la otra. Esta circunstancia resalta aún más en el caso de Escrivá. Por ser el fundador, su presencia en un lugar u otro del conflicto marcó decisivamente el progreso del Opus Dei. Debido a las notables diferencias entre los bandos y a que contábamos con abundante documentación, nos decantamos por escribir una monografía que analizase el Opus Dei en la zona republicana durante la guerra civil.

La historia de la Obra antes de julio de 1936 es conocida². En pocas líneas, recordamos que desde su fundación en 1928 el Opus Dei se extendió en Madrid, de modo particular en el ambiente universitario. Un grupo heterogéneo de algo más de ciento cincuenta estudiantes de la Universidad de Madrid y de las Escuelas especiales conocieron a José María Escrivá —que tenía treinta y cuatro años en 1936—, y participaron en diversas actividades académicas y de formación cristiana en la Residencia DYA, invitados por sus amigos. Allí, el fundador les habló del mensaje de santidad en el ámbito secular, en medio del mundo.

² Sobre el inicio del Opus Dei y el primer desarrollo de sus apostolados, cf. Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. I (“¡Señor, que vea!”), Rialp, Madrid 1997; y nuestra aportación en *DYA. La Academia y Residencia...*, o. c. Como es habitual en los estudios de esta institución, usamos indistintamente la expresión *Opus Dei*, su traducción española *Obra de Dios* o, sencillamente, la *Obra*.

La difusión del Opus Dei también alcanzó a algunos obreros y jóvenes profesionales. Un grupo de veinte licenciados formó parte de la Sociedad de Colaboración Intelectual, una asociación creada por Escrivá para divulgar la cultura y la ciencia y para difundir el contenido de la Obra. Además, el fundador explicó el Opus Dei a un pequeño núcleo de mujeres —estudiantes y empleadas—, que residían en Madrid. Por entonces, preparaba la primera expansión de la Obra a Valencia y París.

Entre otros aspectos de aquellos años iniciales, mencionamos la progresiva incorporación al Opus Dei de diversas personas, que sumaban veintiún varones y cinco mujeres en julio de 1936³. Conviene que nos fijemos en ellos porque son los protagonistas de nuestro relato. Isidoro Zorzano, el más antiguo, había llegado al Opus Dei en 1930; otros profesionales lo habían hecho entre 1932 y 1934: Juan Jiménez Vargas, José María González Barredo, Manuel (Manolo) Sainz de los Terreros, Ricardo Fernández Vallespín y Miguel Bañón⁴. La edad de estos hombres oscilaba entre los treinta y cuatro años de Zorzano y los veintitrés de Jiménez Vargas.

³ Los miembros de la Obra habían adquirido distintos compromisos con el fundador. Algunos se habían incorporado de modo definitivo al Opus Dei, otros de modo temporal y varios habían solicitado la admisión meses o incluso semanas antes de julio de 1936: cf. Amadeo DE FUENMAYOR - Valentín GÓMEZ-IGLESIAS - José Luis ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, EUNSA, Pamplona 1989, p. 77; y José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia...*, o. c., pp. 206-207, 362-363 y 439.

⁴ Casi todos tienen alguna biografía publicada. Para no alargar nuestro relato, recogemos solamente una o dos contribuciones sobre cada uno: José Miguel PERO-SANZ ELORZ, *Isidoro Zorzano Ledesma: ingeniero industrial (Buenos Aires, 1902 - Madrid, 1943)*, Palabra, Madrid 1996. Francisco PONZ - Onésimo DÍAZ, “Juan Jiménez Vargas (1913-1997)”, *Studia et Documenta* 5 (2011) 229-260. John COVERDALE, “José María González Barredo. An American Pioneer”, *Studia et Documenta* 10 (2016) 23-44. Sobre Manuel Sainz de los Terreros, cf. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia...*, o. c., p. 95. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN - Mariano GALAZZI, “Ricardo Fernández Vallespín. Sacerdote y arquitecto (1910-1988)”, *Studia et Documenta* 10 (2016) 45-96. Sobre Miguel Bañón, cf. Joesmaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino. Edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez*, Rialp, Madrid 2004, 3.^a ed., p. 53, nt. 5. Entre estos hombres no hemos incluido a Jenaro Lázaro, que estaba en la Obra desde 1932. Durante los

A continuación, se contaban los alumnos de la Universidad de Madrid y de las Escuelas especiales. Eran jóvenes que habían conocido y tratado a don José María en DYA en el bienio 1934-1936: José Ramón Herrero Fontana, Álvaro Portillo, José María (Chiqui) Hernández Garnica, Pedro Casciaro, Francisco (Paco) Botella, Eduardo Alastrué, Vicente Rodríguez Casado, José María (Pepe) Isasa, Enrique Alonso-Martínez, Miguel Fisac, Carlos Arancibia, Miguel Sotomayor y José Arroyo⁵. A estos estudiantes hay que sumar a Rafael Calvo Serer y a Enrique Espinós, que habían solicitado la admisión al fundador en Valencia, en abril de 1936⁶. Sus edades se movían entre los veintitrés y los dieciséis años.

años de la guerra civil abrió una academia de arte en Madrid, pero no consta que tuviera contacto con el fundador del Opus Dei.

⁵ Para José Ramón Herrero Fontana, cf. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia...*, o. c., p. 131, nt. 102. Javier MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo. Un hombre fiel*, Rialp, Madrid 2012. José Carlos MARTÍN DE LA HOZ, *Roturando los caminos. Perfil biográfico de D. José María Hernández Garnica*, Palabra, Madrid 2012. Pedro CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos*, Rialp, Madrid 2011, 16.^a ed. José Carlos MARTÍN DE LA HOZ, “Mons. Pedro Casciaro Ramírez (1915-1995)”, *Studia et Documenta* 10 (2016) 97-140. Constantino ÁNCHEL, “Francisco Botella Raduán: Los años junto a san Josemaría”, *Studia et Documenta* 10 (2016) 141-194. Para Eduardo Alastrué, José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia...*, o. c., p. 435, nt. 194. Sobre Vicente Rodríguez Casado, cf. Fernando FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ (ed.), *El Espíritu de la Rábida*, Unión Editorial, Madrid 1995, y Luis MARTÍNEZ FERRER, “Vicente Rodríguez Casado: Niñez, juventud y primeros años (1918-1940)”, *Studia et Documenta* 10 (2016) 195-260. Para José María Isasa, cf. Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino. Edición crítico-histórica*, o. c., p. 413, nt. 22. Sobre Enrique Alonso-Martínez Saumell, cf. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia...*, o. c., p. 182, nt. 295. Jesús SEVILLA LOZANO, *Miguel Fisac. ¿Arquitecto de Dios o del “Diablo”?*, Nueva Utopía, Madrid 2014 (el libro es una entrevista del autor a Fisac). Carlos Arancibia Yarto había nacido el 15 de enero de 1920; en el curso 1935-1936 preparó el ingreso en la Escuela de Arquitectura y vivió en la Residencia DYA, donde manifestó a Escrivá su deseo de pertenecer a la Obra, en junio de 1936. Sobre Miguel Sotomayor Muro, cf. Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino. Edición crítico-histórica*, o. c., p. 497, nt. 44. Y para José Arroyo López, cf. Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino. Edición crítico-histórica*, o. c., p. 794, nt. 21.

⁶ Cf. Onésimo DÍAZ HERNÁNDEZ, “Los primeros contactos de Rafael Calvo Serer con san Josemaría (1936-1940)”, *Studia et Documenta* 6 (2012) 67-90. Para Enrique Espinós Raduán, cf. Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino. Edición*

La actividad apostólica de Escrivá con mujeres estaba en una fase de relativo estancamiento porque no había encontrado personas que le ayudasen a transmitir el Opus Dei⁷. De todos modos, un pequeño grupo mantenía cierta dirección espiritual con el fundador: Hermógenes García, de treinta y nueve años; Felisa Alcolea Millana, de veinticinco; Ramona Sánchez Elvira, de veintidós; Natividad González Fortún, de diecinueve; y Antonia Sierra, de cuarenta y un años, que estaba internada en el Hospital Provincial, aquejada de una enfermedad crónica⁸.

El inicio de la guerra civil española supuso una aparente hecatombe para el Opus Dei. De la noche a la mañana, todo el esfuerzo desplegado hasta entonces parecía haberse deshecho. Esa era la impresión que se tenía el 20 de julio de 1936, cuando el fundador y los demás miembros de la Obra abandonaron a su suerte el único inmueble que poseían, la Residencia DYA, y quedaron a merced de los violentos. Pero, en esa misma jornada, comenzó una vida oculta, las mayoría de las veces clandestina, que mantuvo viva la llama de la esperanza.

Así comienza nuestra monografía, con un capítulo inicial que analiza el impacto del movimiento revolucionario desencadenado en la retaguardia republicana. Aparecen los refugios —generalmente de parientes o conocidos— que encontraron los

crítico-histórica, o. c., p. 794, nt. 20. Jacinto Valentín y Fernández de la Hoz, estudiante de Derecho en la Universidad de Madrid, también había pertenecido a la Obra antes de la guerra civil. No lo mencionamos porque en los meses previos al conflicto no acudió con regularidad a la Residencia DYA y no aparece en la documentación de los años de la guerra civil. Falleció el 30 de agosto de 1936, en un ataque del Ejército nacional al alto de Cueva Valiente, en la sierra de Guadarrama (Segovia). Cf. Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. II (“Dios y audacia”), Rialp, Madrid 2002, p. 256.

⁷ Si el número de varones de la Obra resulta claro, el de mujeres presenta alguna dificultad debido a las pocas fuentes disponibles; por ejemplo, no nos consta que alguna hubiese hecho una incorporación formal al Opus Dei antes de 1936 (cf. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia...*, o. c., pp. 58-59; 73-74; 228-232; y 368-369). Para la época de la guerra civil, hemos podido identificar a las cinco que nombramos.

⁸ Puede verse una biografía de esas mujeres en Gloria TORANZO, “Los comienzos del apostolado del Opus Dei entre mujeres (1930-1939)”, *Studia et Documenta* 7 (2013) 13-93.

miembros de la Obra, tanto en Madrid como en el Levante o en La Mancha; y, a la vez, se enumeran las formas con las que los miembros del Opus Dei custodiaron a su fundador, una tarea para la que Juan Jiménez Vargas no escatimó esfuerzos.

A continuación, el segundo apartado se detiene en el momento más delicado de la historia del Opus Dei en la guerra civil. Entre octubre de 1936 y marzo de 1937, cuatro personas de la Obra estuvieron encarceladas y otras dos —uno fue el propio José María Escrivá— se ocultaron en un sanatorio psiquiátrico.

El tercer capítulo, central en esta monografía, estudia el amplio radio de acción desplegado por Escrivá desde su asilo en el consulado general de Honduras, en Madrid. En aquella precaria sede diplomática consiguió contactar con los miembros de la Obra y les transmitió su cercanía, para que soportasen con entereza las dificultades. Aparecerán algunos rasgos de la vida de oración y de la paternidad espiritual del fundador⁹, las formas de sociabilidad de las personas del Opus Dei, y la difusión de la Obra en esas circunstancias adversas.

La evasión de la zona republicana de José María Escrivá y de un grupo significativo de miembros de la Obra ocupa el cuarto capítulo. Esas páginas manifiestan la complejidad de los retos ante los que se enfrentó el fundador, constante en el deseo de cumplir la voluntad divina para que el Opus Dei se abriese camino.

Finalmente, el último capítulo está dedicado a la vida de los miembros del Opus Dei que siguieron en la zona republicana cuando ya no estaba entre ellos el fundador. La narración permite advertir el tesón de quienes tuvieron que esperar el final de una guerra que desgastó, física y anímicamente, a la población civil. Ese relato, que abarca casi un año y medio de la contienda, muestra hasta qué punto la vida de la Obra estaba unida a la

⁹ Para Jiménez Vargas, Escrivá era un hombre que sabía querer: «La profunda capacidad afectiva del Padre, que fue una de las características de su fuerte personalidad, estuvo toda su vida en perfecta integración con su amor de Dios, que era total» (Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 20-XII-1980, en Archivo General de la Prelatura del Opus Dei [en adelante, AGP], serie A.5, 221-1-1).

persona del fundador. A la vez, emergen figuras con un temple particular como Isidoro Zorzano o Rafael Calvo Serer.

La principal fuente para nuestra investigación ha sido el Archivo General de la Prelatura del Opus Dei (AGP), en Roma. La riqueza documental para el periodo de la guerra civil es notable. Raras veces echamos en falta papeles que aclarasen sucesos o explicaran los motivos de una actuación determinada. Fueron de la máxima utilidad los diversos diarios de Juan Jiménez Vargas, redactados durante el segundo semestre de 1936, y los de Isidoro Zorzano, que abarcan todo el conflicto armado. Estas anotaciones no son estrictamente íntimas —aunque contengan muchas referencias al autor correspondiente—, ya que fueron escritas con la idea de dar a conocer la marcha de la Obra. Otra gran fuente es el epistolario del fundador y de los miembros del Opus Dei¹⁰.

También consultamos diversos archivos estatales españoles. Por una parte, fue útil la documentación de los archivos militares y del Centro Documental de la Memoria Histórica; allí vimos los expedientes que se conservan de los nueve miembros de la Obra que fueron reclutados por el Ejército republicano. Por otra parte, encontramos información valiosa en el Archivo General de la Administración (AGA) y en el Archivo General de la Villa de Madrid (AVM). Del mismo modo, ayudaron los archivos de Asuntos Exteriores de El Salvador y Chile, y algunos archivos personales, como el de la familia Sainz de los Terreros.

Entre las fuentes secundarias destacan los recuerdos sobre José María Escrivá y sobre Isidoro Zorzano redactados para sus respectivas causas de canonización. A pesar de los límites propios de la memoria del pasado, esas evocaciones ofrecen imágenes vivas de personas y sucesos que sirven para comprender mejor las decisiones tomadas. Alguna vez encontramos discordancias, o incluso contradicciones, entre unas fuentes y otras.

¹⁰ Por ejemplo, solo para los cinco meses de estancia del fundador en la legación de Honduras —de marzo a agosto de 1937— contamos con ciento cuarenta cartas de José María Escrivá y ciento cinco de Isidoro Zorzano, a las que hay que añadir las de los demás miembros de la Obra.

Entonces, procuramos contrastar los datos que teníamos, decantándonos por los más probables.

De la inabarcable historiografía sobre la guerra civil española, consultamos historias generales que presentan los principales sucesos acaecidos en la zona republicana, de modo particular los que se refieren a la población y a la Iglesia en la retaguardia. En cambio, no nos detuvimos en aspectos más amplios, como la tensión que se vivía en Europa a finales de los años treinta o la evolución del régimen de Franco en la zona nacional durante la guerra, ya que no afectaron directamente a las personas del Opus Dei que quedaron en el lado republicano.

Las publicaciones que tratan sobre el Opus Dei en la guerra española son, en su mayoría, biografías de sus miembros; quizá la más conocida sea la vida del fundador escrita por Andrés Vázquez de Prada¹¹. También hay referencias en las monografías sobre los primeros años del Opus Dei, como la narración de John Coverdale¹². En cambio, el Opus Dei está prácticamente ausente de la historiografía general sobre la guerra, algo que no tiene nada de particular, pues la Obra en 1936 era una institución relativamente pequeña.

Pensamos que, en buena medida, el lector se encuentra ante un trabajo de microhistoria¹³. El análisis de la vida de unas pocas personas —miembros del Opus Dei, parientes y amigos— ha hecho posible ofrecer una visión exacta y colorida del modo en que pasaron la guerra civil. De hecho, con frecuencia transcribiremos textos en los que aparecen las virtudes y los límites de unos hombres que, tantas veces, estuvieron sujetos a una tensión extrema. Al mismo tiempo, nos hemos planteado algunas

¹¹ Cf. Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, II, o. c.

¹² Cf. John F. COVERDALE, *Uncommon Faith. The Early Years of Opus Dei, 1928-1943*, Scepter, Princeton 2002 (traducción española: *La fundación del Opus Dei*, Ariel, Barcelona 2002). Para los meses que Escrivá pasó en Madrid, puede verse un buen resumen en Fernando de MEER, "Madrid (1936-1937)", en *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Monte Carmelo - Instituto Histórico San Josemaría Escrivá, Burgos 2013, pp. 783-788.

¹³ Cf. Sigurður Gylfi MAGNÚSSON - István M. SZÍJÁRTÓ, *What is Microhistory?: Theory and Practice*, Routledge, Londres - Nueva York 2013, pp. 4-5.

de las grandes preguntas de la contienda como, por ejemplo, la situación de la Iglesia, las razones de la represión y las formas de vida en la retaguardia republicana¹⁴.

Quien esté familiarizado con la biografía de José María Escrivá o con los principales hitos de la historia del Opus Dei no tendrá dificultades para comprender los fundamentos de la historia que se narra en estas páginas. Con todo, presentamos un relato asequible para una persona que no posea muchas referencias sobre el Opus Dei. Además, como los principales personajes son pocos —invitamos a ver el cuadernillo interior de fotografías y el índice de personas—, resultará fácil hacerse cargo de los nombres mencionados con frecuencia.

Respecto a la represión, recordemos que se practicó en ambos bandos de la guerra, con matices en parte comunes y en parte propios, y que siguió después en el régimen franquista. Su mención evoca una de las páginas más tristes de la historia contemporánea española, que todavía genera dolor y polémica¹⁵. En nuestro caso, solo nos fijamos en la que se dio en la zona republicana —el espacio que forma parte de nuestro objeto histórico—¹⁶, de modo particular la desatada contra la Iglesia¹⁷ y,

¹⁴ Los historiadores han estudiado con detalle la vida de la Iglesia en la zona nacional. En cambio, para la zona republicana hay pocos análisis y suelen estar focalizados en la represión. Cf., por ejemplo, Gonzalo REDONDO, *Historia de la Iglesia en España. 1931-1939*, II (“La Guerra Civil [1936-1939]”), Rialp, Madrid 1993; e Hilari RAGUER, *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Península, Barcelona 2001.

¹⁵ Sobre la represión en las dos zonas de guerra, cf. Santos JULIÁ (coord.), *Víctimas de la guerra civil*, Temas de Hoy, Madrid 1999.

¹⁶ Cf. José Luis LEDESMA, “Una retaguardia al rojo. Las violencias en la zona republicana”, en Francisco ESPINOSA (ed.), *Violencia roja y azul. España, 1936-1950*, Crítica, Barcelona 2010, pp. 147-247. La represión en zona republicana acabó con la vida de unas cincuenta mil personas: cf. José Luis LEDESMA, “Enemigos seculares: la violencia anticlerical (1936-1939)”, en Julio DE LA CUEVA - Feliciano MONTERO (eds.), *Izquierda obrera y religión en España*, Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares 2012, p. 221.

¹⁷ Sobre la represión por motivos religiosos, cf. José Luis LEDESMA, “Enemigos seculares: la violencia anticlerical (1936-1939)”, o. c.; IDEM, “*La santa ira popular* del 36: La violencia en guerra civil y revolución, entre cultura y política”, en Javier MUÑOZ - José Luis LEDESMA - Javier RODRIGO (coords.), *Culturas*

específicamente, la que tuvo lugar en Madrid¹⁸, donde residían la mayoría de los miembros de la Obra en 1936.

Conocer cuál fue el alcance del terror y de la violencia en la retaguardia republicana se hace necesario, pues solo así se comprenden las estrategias de escondites y de evasiones que aparecen en esta monografía¹⁹. Los miembros del Opus Dei no sufrieron una represión institucional —la Obra era poco conocida porque había sido fundada ocho años antes y, además, sus miembros no actuaban colectivamente en la vida pública—, pero se vieron inmersos en un régimen político y social que rechazaba con violencia sus ideas culturales y religiosas. El fundador estuvo cercano a la muerte porque era sacerdote, y los demás miembros porque eran intelectuales católicos. Por este motivo, algunos no se incorporaron a las filas del Ejército republicano cuando fueron llamados y, convertidos técnicamente en prófugos o desafectos, buscaron refugios en casas de parientes, en sedes diplomáticas o en instituciones privadas²⁰.

y políticas de la violencia. *España siglo XX*, Siete Mares, Madrid 2005, pp. 147-192; IDEM, “Delenda est Ecclesia. Sulla violenza anticlericale e la Guerra civile del 1936”, en Alfonso BOTTI (ed.), *Clero e guerre spagnole in età contemporanea (1808–1939)*, Rubbettino, Soveria Mannelli 2011, pp. 309-332; y el estudio clásico de Antonio MONTERO MORENO, *Historia de la persecución religiosa en España. 1936-1939*, BAC, Madrid 1999, 3.ª ed. (reimpresión de la edición de 1961).

¹⁸ En la provincia de Madrid la represión en la retaguardia se llevó la vida de unas quince mil personas. Salas Larrazábal identifica a 16449 víctimas, mientras que Martín Rubio da la cifra de 14898: Ramón SALAS LARRAZÁBAL, *Pérdidas de la guerra*, Planeta, Barcelona 1977, p. 362; y Ángel David MARTÍN RUBIO, *Paz, piedad, perdón... y verdad. Estudio definitivo sobre la represión en las dos zonas de la guerra civil*, Fénix, Madrudejos (Toledo) 1997, p. 370. La represión de Madrid fue «el mayor pozo de vidas en la zona republicana» (José Luis LEDESMA, “Una retaguardia al rojo. Las violencias en la zona republicana”, o. c., p. 244).

¹⁹ Suscribimos lo que dice Vázquez de Prada para el caso del fundador de la Obra: «Un enfoque desviado de la realidad histórica haría ininteligible el alcance y razón de su conducta» (Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, II, o. c., p. 9).

²⁰ Mencionaremos el caso de otros católicos —un caso destacado es el del nacionalista vasco Manuel Irujo—, que vieron la situación creada de manera distinta, pues intentaron crear las condiciones para que hubiese libertad de culto en la zona republicana.

* * *

Un libro de historia se puede comparar a una suma. Es un agregado de horas de investigación y de escritura, de preguntas complejas y de descubrimientos inesperados, de desplazamientos a archivos y de diálogo con colegas, de papeles que cobran vida y de frases que resumen la existencia de los hombres. Y, cuando se ha concluido, se posee la alegría honda de ofrecer al lector un relato de sufrimiento y de esperanza.

Quedo en deuda con todos los que me ayudaron a escribir este tramo del pasado. Doy las gracias a Jesús Longares, maestro de historiadores; a Javier Cervera Gil y Julius Ruiz, que me introdujeron en los entresijos de la retaguardia republicana; a Constantino Áncel, Eduardo Baura, Joseluís González, José Luis Illanes, José Manuel Martín, Javier Medina, Fernando de Meer, Ignacio Olábarri, María Eugenia Ossandón, Antón Pazos, Paweł Skibiński y Fernando Valenciano que, por haber leído la monografía, aportaron valiosas sugerencias; a Francesc Castells, archivero y confidente en los momentos de cansancio; a mis padres, cariñosos y cercanos siempre; y a Mons. Javier Echevarría (q.e.p.d.) y Mons. Fernando Ocáriz, prelados sucesivos del Opus Dei, que pusieron a mi disposición el Archivo de la Prelatura.



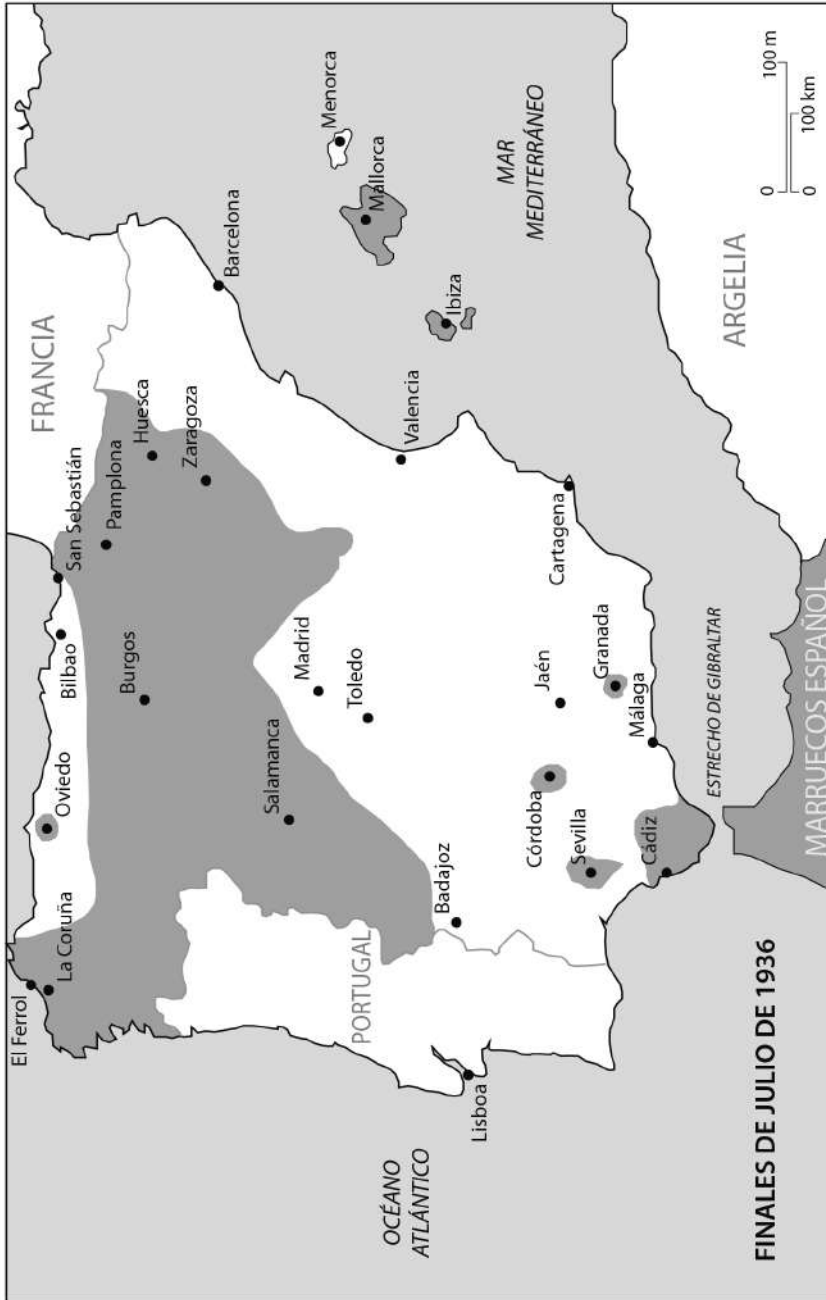
CAPÍTULO I

EL INICIO DEL CONFLICTO ARMADO

(julio – octubre de 1936)

En la tarde del 17 de julio de 1936, algunas guarniciones del Protectorado español de Marruecos –integradas fundamentalmente por la Legión y los Regulares marroquíes– se sublevaron contra el Gobierno. Durante los días siguientes, cuatro de los veintiún generales de división más la mitad de los jefes y oficiales del Ejército español se alzaron en armas en diversas localidades de la geografía peninsular. En poco tiempo, controlaron Galicia, casi toda la franja castellano-leonesa, Navarra, parte de Aragón, Cáceres, Sevilla y otras ciudades andaluzas, las Islas Canarias, Mallorca y el Marruecos español. En cambio, el levantamiento no prosperó en las ciudades más importantes del país, como Madrid, Barcelona y Valencia, o en muchas zonas industriales (*Mapa 1*).

De acuerdo con los manifiestos de los militares rebeldes, el levantamiento se producía porque España vivía de hecho en un régimen anárquico, que había quebrantado gravemente la convivencia. Los insurgentes anunciaron que, una vez que se hicieran con el poder, formarían un directorio militar que anularía el sistema parlamentario hasta que se restableciera el orden público. En cambio, no se pronunciaron a favor de un cambio de régimen político ni aludieron a los derechos de la Iglesia.



Mapa 1.

Durante el sábado 18, llegaron a Madrid más noticias sobre la sublevación del general Francisco Franco, en Canarias; y del general Gonzalo Queipo de Llano, en Sevilla. El Ejecutivo, presidido por Santiago Casares Quiroga, destituyó a algunos cargos castrenses, nombró a otros afines a la República y emitió notas de prensa en las que aseguraba que el país estaba bajo control gubernamental.

Algunos militares que tenían previsto sublevarse en la capital de España se reunieron ese día varias veces, pero no concretaron un plan definitivo. Este retraso, que revelaba un alto grado de improvisación, neutralizó un posible factor sorpresa. En cambio, obreros revolucionarios se otorgaron a sí mismos funciones de vigilancia y comenzaron a patrullar las calles con las pocas armas de que disponían. Por la noche, se formó un batallón de milicias en el Círculo Socialista del Puente de Segovia, en la calle San Justo 2: fue la primera fuerza de carácter voluntario y paramilitar organizada en Madrid¹.

1. LA SUBLEVACIÓN MILITAR

A lo largo del curso 1935-1936, José María Escrivá había proyectado la primera expansión del Opus Dei, que emprenderían en el siguiente año académico. La idea acabó por concretarse en tres objetivos. El primero fue la compra de un inmueble para la nueva sede de DYA; el segundo consistía en la apertura de una residencia en Valencia; y el tercer reto se fijó en el comienzo de las actividades apostólicas y profesionales en París, en marzo de 1937².

¹ Las milicias fueron formaciones paramilitares de voluntarios pertenecientes a los partidos políticos y organizaciones sindicales del Frente Popular, que ya existían antes de la guerra civil. Desde el mismo 18 de julio, trataron de repeler la sublevación militar y desarrollaron una actividad revolucionaria. En un primer momento, las milicias más importantes fueron socialistas o anarquistas (cf. Michael ALPERT, *El Ejército Popular de la República, 1936-1939*, Crítica, Barcelona 2007, pp. 33-36).

² Cf. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia...*, o. c., pp. 490-509. DYA era la primera iniciativa de carácter institucional promovida

Después de numerosas gestiones, el 17 de junio de 1936, Isidoro Zorzano, Juan Jiménez Vargas, José María González Barredo y Manuel Sainz de los Terreros firmaron el contrato de compra de un caserón situado en la calle Ferraz 16, de Madrid³. Se trataba de un edificio con sótano, planta baja, dos pisos y un ático. Por la parte de atrás, la finca tenía un patio con un pabellón acristalado, la vivienda del portero, un garaje y un jardín que llegaba hasta la calle Juan Álvarez Mendizábal. El vendedor del inmueble era el conde del Real, Francisco Javier Azlor de Aragón, residente en París.

El 1 de julio, el fundador, junto con varios miembros de la Obra y unos pocos residentes de DYA que aún estaban en Madrid —la mayoría se había ido ya de vacaciones—, iniciaron el traslado de los muebles y enseres de la Residencia DYA, que estaba en la calle Ferraz 50, a la nueva sede, en Ferraz 16 (*Mapa 2*).

La mudanza acabó el lunes 13 de julio. Sin dilación, se pusieron a trabajar en el acondicionamiento de la vivienda. Reformar la casa para que estuviera habitable en octubre —mes en el que daba comienzo el curso académico— implicaba diversas tareas que les ocuparían durante todo el verano. Entre otras cosas, necesitaban que los obreros cambiasen algunos tabiques, y que se hicieran obras en una habitación del sótano para que fuese el oratorio o capilla de la Residencia⁴.

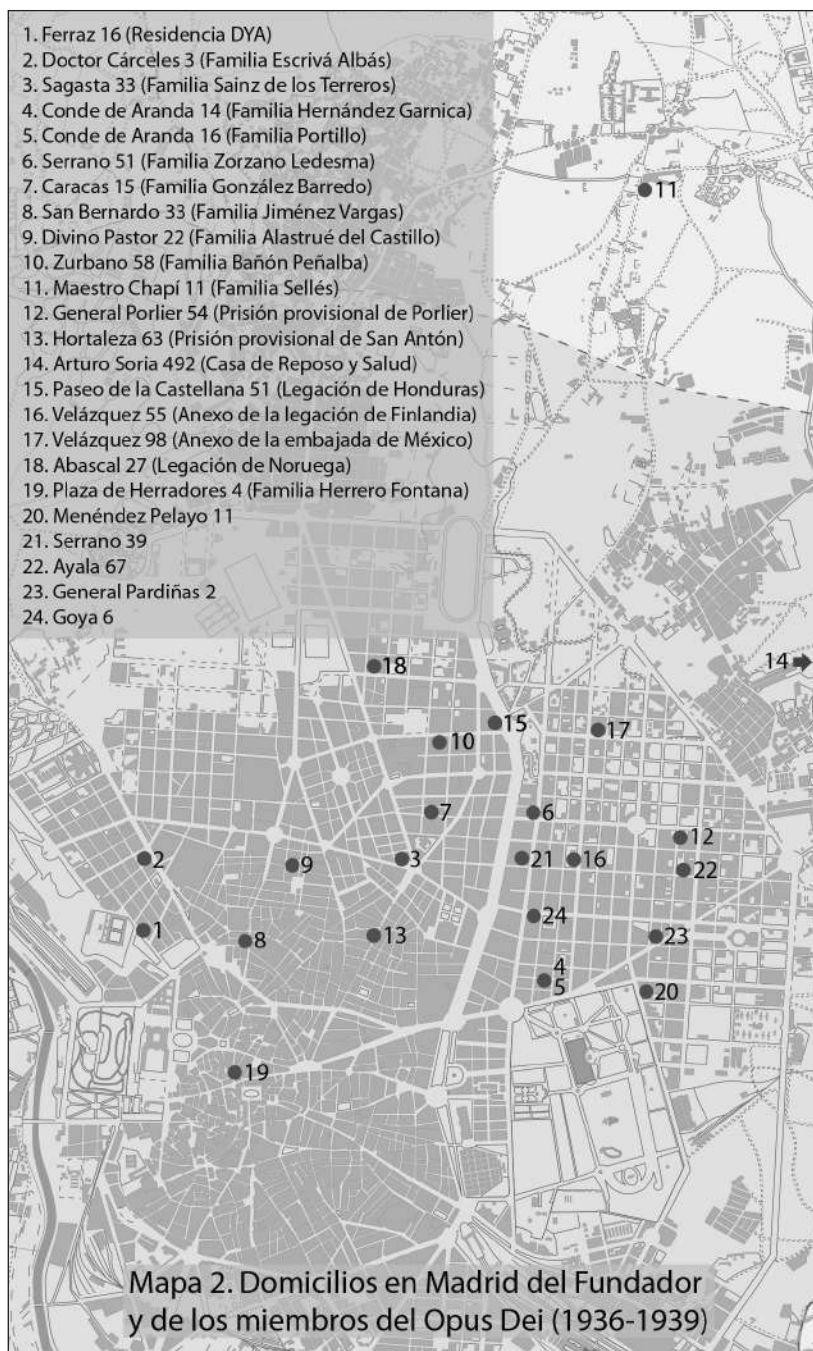
A mediodía, Juan Jiménez Vargas llegó a DYA con la impresionante noticia del asesinato del líder monárquico José Calvo Sotelo⁵. Comentaron el suceso y después continuaron con los

por el fundador del Opus Dei. Había comenzado en diciembre de 1933, con una academia de preparación universitaria, y se había ampliado, en octubre de 1934, con una residencia universitaria situada en la calle Ferraz 50.

³ Los cuatro habían creado Fomento de Estudios Superiores (FES), una sociedad que tenía como finalidad la mejora de la formación profesional y cultural de los universitarios. La primera acción de relieve de FES fue la adquisición del edificio de la calle Ferraz 16 (cf. *ibidem*, pp. 491-492).

⁴ Cf. *ibidem*, pp. 506-509.

⁵ El asesinato de Calvo Sotelo, perpetrado por un joven socialista en colaboración con varios guardias de asalto, aceleró el proceso de sublevación de una parte del Ejército contra el Gobierno (cf. Ian GIBSON, *La noche en que mataron a Calvo Sotelo*, Argos Vergara, Barcelona 1982, p. 247; y Alfonso BULLÓN DE



trabajos en la Residencia que, en ese momento, consistían en el traslado de muebles al garaje como paso previo para reestructurar las habitaciones⁶. Por la noche, José María Escrivá, Ricardo Fernández Vallespín, un residente y los dos hermanos Larrocha —que atendían el servicio doméstico— se quedaron a dormir en la nueva sede de DYA⁷. Al día siguiente, siguieron con las tareas pendientes. En un rato de descanso, volvieron a hablar de Calvo Sotelo y don José María les recomendó que rezaran por el eterno descanso de su alma⁸.

El jueves 16, durante un intervalo, Vicente Rodríguez Casado se incorporó de modo definitivo a la Obra. La sencilla ceremonia tuvo lugar en el cuarto de Escrivá⁹. Otro acontecimiento destacado de ese día fue que don José María recibió de la condesa de Humanes unas alhajas para que las usara en la fabricación de una custodia eucarística¹⁰.

El forzado abandono de DYA

Durante las dos jornadas siguientes, los miembros de la Obra siguieron el plan de trabajo previsto en la Residencia de

MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, *José Calvo Sotelo*, Ariel, Barcelona 2004, pp. 661-691).

⁶ Esta actitud ante la política del momento no era apatía o indiferencia. Más bien, en palabras dichas por Calvo Serer a Botella, la dedicación a las necesidades de la Obra «se imponía sobre las inquietudes políticas y sociales que hasta entonces daban rumbo a su vida» (Recuerdo de Francisco Botella, Madrid, 25-V-1980, en AGP, serie A.5, 200-1-1).

⁷ Cf. *Diario de Ferraz*, 10-VII-1936, p. 72v, en AGP, serie A.2, 7-2-4 (para evitar repeticiones, no citaremos de nuevo la signatura de esta fuente). El estudiante pudo ser Fernando Barquín o su hermano Joaquín, que habían llegado a la Residencia DYA a mediados de junio para preparar unos exámenes de Arquitectura (cf. Carta de Emiliano Amann Puente a sus padres, Madrid, 21-VI-1936, en AGP, serie A.3.4, E 222. 582).

⁸ Cf. *Diario de Ferraz*, 14-VII-1936, p. 77r.

⁹ Cf. *Diario de Ferraz*, 16-VII-1936, p. 81v.

¹⁰ La condesa de Humanes, María Francisca Messía y Eraso de Aranda, era una benefactora del fundador del Opus Dei. Por entonces estaba muy enferma. De hecho, falleció una semana más tarde, el 23 de julio. Cf. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia...*, o. c., pp. 157, 320, 377 y 505.

Ferraz 16, aunque no dejaran de escuchar con desasosiego las noticias. Escrivá pidió que compraran una radio —el instrumento de comunicación más importante del momento, además de la prensa— para estar al tanto de los sucesos.

El día 18 hubo más novedades. Según contó Jiménez Vargas «tardamos mucho en limpiar una pared del salón porque a ratos estábamos observando el movimiento del cuartel de enfrente»¹¹. Se trataba del Cuartel de la Montaña, que albergaba dos regimientos —uno de infantería y otro de minadores zapadores—, más un grupo de alumbrado e iluminación¹². Después de acabar los trabajos a última hora de la tarde, don José María rogó a los que regresaban a casa de sus padres que le telefonearan para confirmar que habían llegado sin contratiempos.

A las cuatro de la madrugada del domingo 19 de julio, dimitió el Ejecutivo y dio paso a otro, dirigido por Diego Martínez Barrio, de carácter más moderado. El nuevo Gobierno duró solo unas horas porque no lo aceptaron algunos sectores revolucionarios. El poder político pasó entonces a manos de José Giral, de Izquierda Republicana, que autorizó la entrega de armas a las milicias de partidos y sindicatos frentepopulistas. En poco tiempo, el nuevo consejo de ministros minó su autoridad porque ordenó la depuración del aparato militar y policial, de modo que fuese leal a la República en guerra. Estos sucesos, que se unieron a la desmembración de las Cortes, acabaron con el sistema democrático liberal que regía en España desde 1931.

¹¹ *Diario de Ferraz*, 18-VII-1936, p. 83v.

¹² Madrid tenía una fuerte concentración de fuerzas militares, sobre todo de la Primera División del Ejército, así como algunos cuerpos de seguridad del Estado —guardias civiles, guardias de asalto, carabineros y guardias de seguridad— con «un potencial superior al de las tropas militares» (Javier CERVERA, *Madrid en Guerra. La ciudad clandestina [1936-1939]*, Alianza, Madrid 1998, p. 42). El Cuartel de la Montaña había sido construido en los años sesenta del siglo XIX. Era un vasto edificio de ladrillo y granito que formaba un rectángulo. Cf. Jesús CANTERA MONTENEGRO, “Los cuarteles en el término de la actual provincia de Madrid”, en Valentina FERNÁNDEZ VARGAS (dir.), *El Madrid Militar. II. El Ejército en Madrid y su territorio (1813-1931)*, Ediciones del Umbral - Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa, Madrid 2006, p. 180.

Comenzó un particular régimen revolucionario, integrado exclusivamente por grupos políticos del Frente Popular¹³.

La tensión social creció exponencialmente. Se produjeron varios asesinatos –fusilamientos en la Casa de Campo– y escenas de vandalismo a manos de grupos revolucionarios. Unos milicianos asaltaron el obispado y acribillaron a balazos el retrato del obispo Leopoldo Eijo Garay. Veinticuatro horas antes, el prelado había abandonado la ciudad gracias a un aviso que le dio el presidente del Gobierno¹⁴.

La familia Escrivá Albás sufrió la incertidumbre de esa situación. Un grupo de milicianos se presentó en su casa, situada en un ático de la calle Doctor Cárceles 3. Según les dijeron, querían acabar con el *paqueo*, es decir, con los disparos aislados que hacía un francotirador parapetado en algún apartamento de esa calle. No registraron nada –el temor de la madre y de los hermanos de José María era que hurgaran en un baúl lleno de documentos del Opus Dei–; se limitaron a comprobar que no había personas escondidas en la casa¹⁵.

En la Residencia DYA, los miembros de la Obra «pasamos la mañana arreglando armarios de ropa mientras oíamos las noticias de la radio»¹⁶. A mediodía advirtieron cierto movimiento en la calle. Era el momento en el que el general Joaquín Fanjul entraba en el Cuartel de la Montaña, asumía el mando y declaraba el estado de guerra. Horas más tarde, algunos jóvenes falangistas y monárquicos se sumaron a la fuerza congregada en el recinto militar¹⁷. A última hora de la tarde, el Ejército, los milicianos y ciudadanos con armas cercaron el edificio.

¹³ Cf. Stanley G. PAYNE, *¿Por qué la República perdió la guerra?*, Espasa, Madrid 2010, p. 61.

¹⁴ Cf. José Luis ALFAYA, *Como un río de fuego. La persecución religiosa en Madrid en 1936*, Rialp, Madrid 2017, pp. 61-65.

¹⁵ Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 22-II-1985, en AGP, serie A.5, 221-1-3.

¹⁶ *Diario de Ferraz*, 19-VII-1936, p. 83v.

¹⁷ Cf. Maximiano GARCÍA VENERO, *El General Fanjul. Madrid en el Alzamiento Nacional*, Cid, Madrid 1967, pp. 301-317.

Según Juan Jiménez Vargas, «el P. [Padre], que se preocupa lo indecible de la menor cosita de cada uno, encima de todas las preocupaciones que tiene hoy, todavía se preocupó de cambiar a Barredo de cuarto, para ponerle en otro más cómodo»¹⁸. También enviaron cartas a varios residentes y amigos —se habían comprometido a responder en la primera quincena de cada mes a quienes les escribieran— porque, debido a la mudanza, no les había dado tiempo hasta entonces. Cuando advirtieron que algunos soldados, milicianos y guardias se congregaban en la acera para rodear el Cuartel de la Montaña, llevaron a la parte trasera de la casa las camas de las habitaciones orientadas a la calle Ferraz.

En la tarde de aquel 19 de julio, el Gobierno anunció la rendición del general Manuel Goded en Barcelona. Jiménez Vargas, que seguía las noticias, relató el contraste entre los sucesos de fuera y los de dentro: «Si dominan la sublevación, se crearía un estado de cosas que no parece nada favorable para nuestra actividad. Pero, si Dios ha querido empezar su Obra en estas condiciones ambientales, Él sabe mejor que nosotros lo que hace y no vamos a perder la serenidad con preocupaciones que quitarían intensidad de esfuerzo a nuestros trabajos en la Obra. Ahí está el P. [Padre] dando ejemplo y probándome la paciencia, porque hay que cargar con un colchón y, ¡zas!, se lo carga a cuestras sin que yo tenga tiempo más que de protestar de verlo hacer tanto esfuerzo, y él lo toma a broma; hay que subir al piso de arriba, y como una flecha, los escalones de dos en dos; va a buscar lo que sea antes que nadie; y así todo el día»¹⁹.

José María Escrivá trató de serenar los ánimos cambiando de conversación las veces que escuchó a alguno hablar sobre la situación del Cuartel de la Montaña. No obstante, según Juan Jiménez Vargas, «esto es lo exterior pero estoy seguro [de] que hoy no conseguirá conciliar el sueño»²⁰. A última hora, Jiménez Vargas regresó a casa de sus padres; al llegar, telefoneó al fundador para

¹⁸ *Diario de Ferraz*, 19-VII-1936, p. 85r.

¹⁹ *Diario de Ferraz*, 19-VII-1936, p. 85r-85v.

²⁰ *Diario de Ferraz*, 19-VII-1936, p. 85v.

que supiese que había llegado bien. Mientras, en la Residencia establecieron unos turnos de vigilancia durante la noche.

El asalto al Cuartel de la Montaña comenzó a las seis de la mañana del 20 de julio. Entre los que luchaban se contaban la tropa regular, pequeños grupos de milicianos socialistas o anarquistas, algunos guardias civiles, guardias de asalto y unos carabineros. Unas piezas de artillería instaladas en la Plaza de España y algunos aviones procedentes de los aeropuertos militares de Getafe y de Cuatro Vientos bombardearon el edificio. Durante el ataque, Jiménez Vargas llamó por teléfono a Ferraz 16. Respondió José María Escrivá después de un rato, pues estaba refugiado en el sótano de la casa junto con Isidoro Zorzano, José María González Barredo y los dos empleados de la Residencia, Gonzalo y Jesús Larrocha. Escrivá le rogó que llamara a su madre para tranquilizarla. Después, el joven médico recibió en su casa a Álvaro Portillo y José María Hernández Garnica que le preguntaron por el fundador. Además, intentó contactar, sin éxito, con Vicente Rodríguez Casado.

La toma del Cuartel concluyó poco después del mediodía, con el trágico saldo de más de noventa muertos entre los militares que participaron en la defensa, además de un grupo de atacantes²¹. En ese momento, José María Escrivá rezó con los demás en el sótano de Ferraz 16 y los bendijo. Luego, salieron uno a uno por la parte de atrás de la Residencia y se dirigieron a casa de sus familiares. Escrivá se presentó en la calle con un mono azul de trabajo utilizado durante los días anteriores por Hernández Garnica para acondicionar la casa. A pesar de la tonsura que llevaba en la cabeza, ningún miliciano se dio cuenta de que era sacerdote. A los pocos minutos entraba en el apartamento de su madre, en la calle Doctor Cárceles 3, perpendicular a la de Ferraz. Los demás también llegaron a sus propios domicilios sin demasiadas dificultades.

La caída del Cuartel de la Montaña desalentó al resto de acuartelamientos sublevados en Madrid, que capitularon a las

²¹ Cf. Julius RUIZ, *El Terror Rojo. Madrid 1936*, Espasa, Barcelona 2012, p. 68.

pocas horas. Muchas de las unidades militares se diluyeron. La capital quedó bajo el control de diverso tipo de milicias —libertarias, comunistas o socialistas—, que recibieron más armas en el Cuartel de la Montaña y en el Parque de Artillería. Agrupadas en comités de vecinos o de barrio, patrullaban la ciudad, con gran aparato de tiros al aire y gritos por la calle²². De hecho, se habían convertido en las nuevas fuerzas de orden público²³.

La situación en provincias

En la madrugada del 17 de julio, día en que daba comienzo la sublevación militar en el norte de África, Ricardo Fernández Vallespín recibió la bendición de José María Escrivá en la Residencia DYA y, a continuación, viajó a Valencia en un autobús de línea. Ricardo acudía para firmar el contrato de alquiler de unos apartamentos en esa ciudad. Estos locales serían la segunda residencia de la Obra, después de DYA²⁴.

Al llegar, se alojó en el Hotel Balear, en la calle de la Paz 28. A continuación, y acompañado de Francisco Botella y de Rafael Calvo, visitó unos apartamentos en la calle Calatrava. Le pareció que ofrecían el mínimo de condiciones necesarias para instalar una residencia de estudiantes. Después, Rafael Calvo se fue a Alcalalí, pueblo natal de su madre situado al norte de la provincia de Alicante. Además de reposar —estaba en tratamiento por una úlcera duodenal yuxta-pilórica que sufría desde hacía meses²⁵—, buscaba un lugar seguro, pues en Valencia había

²² Jiménez Vargas apuntó sus impresiones de esos días: «Las milicias, cuando se ven con un fusil en la mano, están como chico con zapatos nuevos y todo el jaleo lo arman ellos solos» (*Diario de Ferraz*, 19-VII-1936, p. 87r).

²³ Cf. Gregorio GALLEGO, *Madrid, corazón que se desgarró. Memorias de la guerra civil*, Ediciones Libertarias, Madrid 2006, pp. 87-88.

²⁴ Sobre las gestiones previas para conseguir una residencia en Valencia, cf. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia...*, o. c., p. 496; y Ángel GÓMEZ-HORTIGÜELA, “Relación del viaje de san Josemaría a Valencia (1936)”, *Studia et Documenta* 8 (2014) 287-334.

²⁵ Cf. Carta de Rafael Calvo Serer a José María Escrivá, Valencia, 10-V-1936, en AGP, serie M11, C146 - A6.

numerosos rumores de revolución social, y tanto su padre como él eran personas señaladas por ser activistas católicos²⁶.

A la mañana siguiente, Ricardo Fernández Vallespín y Paco Botella se vieron con el administrador de la casa de la calle Calatrava. Durante el encuentro, les llegó la noticia de que parte del Ejército, en colaboración con grupos políticos de derechas, se había sublevado. Como medida de prudencia, decidieron postergar veinticuatro horas la firma del contrato de alquiler. Pero, cuando llegó el domingo 19, ya no se reunieron de nuevo, dada la situación social²⁷.

El comienzo del conflicto encontró en el Levante a otros dos estudiantes de la Obra. Enrique Espinós –primo de Paco Botella– estaba en Valencia con su familia²⁸; y Pedro Casciaro veraneaba en la finca rural de sus abuelos paternos, denominada “Los Hoyos”, dentro del municipio de Torrevieja (Alicante). Por su parte, Miguel Fisac seguía en el domicilio familiar en Daimiel (Ciudad Real). Y José María Isasa estaba en la casa forestal donde vivían sus padres, en Molina de Aragón (Guadalajara).

En el sector controlado por los militares sublevados quedaron cuatro miembros de la Obra: Enrique Alonso-Martínez residía en La Granja (Segovia); José Ramón Herrero Fontana en Logroño; José Arroyo en Béjar (Salamanca); y Miguel

²⁶ Rafael Calvo Serer había sido presidente de la Federación Regional de Estudiantes Católicos de Valencia y vicepresidente de las Juventudes de Acción Católica de Valencia. Un primo suyo tradicionalista, Antonio Serer, fue fusilado al comenzar la guerra (cf. Onésimo DÍAZ HERNÁNDEZ, *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia 2008, p. 25).

²⁷ Cf. Tarjeta postal de Ricardo Fernández Vallespín a Isidoro Zorzano, 18-VII-1936, en AGP, serie M11, C146 - B3; Recuerdo de Francisco Botella, Madrid, 25-V-1980, en AGP, serie A.5, 200-1-1; y Recuerdo de Ricardo Fernández Vallespín, Madrid, 7-VII-1975, en AGP, serie A.5, 211-2-1. Según Francisco Botella, el administrador era un abogado llamado Arturo Roig.

²⁸ Enrique Espinós Raduán había pedido la admisión en el Opus Dei tres meses antes, en abril de 1936. Como residía en Valencia, ni tuvo ocasión de convivir con su fundador ni pudo recibir formación sobre el espíritu del Opus Dei. Años más tarde, Espinós siguió su camino en la Obra como supernumerario. Profesionalmente, fue coronel médico de Aviación. Falleció en 1990.

Sotomayor en Algeciras (Cádiz)²⁹. Desde que comenzó la insurrección, perdieron todo contacto con Madrid debido a que las comunicaciones telefónicas y el correo postal fueron suspendidos. El alejamiento del fundador representaba un riesgo para su permanencia en la Obra, ya que no podían recibir ni el aliento de Escrivá ni la formación propia del Opus Dei. Además, salvo José Ramón Herrero Fontana, que había pedido la admisión en 1934, se habían acercado a la Obra solo unos meses antes; dos de ellos –Arancibia y Sotomayor– ni siquiera se habían incorporado temporalmente a la Obra. Pero, de momento, no les quedó más remedio que esperar el transcurso de los acontecimientos.

2. LOS REFUGIOS ANTE LA VIOLENCIA REVOLUCIONARIA

Gracias a las armas recibidas y a la alta moral que proporcionó la victoria sobre los rebeldes –de modo particular, con la toma del Cuartel de la Montaña–, la izquierda revolucionaria en Madrid se sintió legitimada para utilizar la fuerza frente a lo que consideraban una amenaza³⁰. A partir del 20 de julio, las organizaciones libertarias, socialistas y comunistas vivieron un febril proceso revolucionario que sustituyó a la autoridad gubernamental. Se trató de una revolución política, social y económica, de carácter más o menos espontáneo en sus primeros compases, y organizada a medida que pasaban los días. En poco tiempo, los comités de trabajadores requisaron industrias y edificios, emisoras de radio y periódicos, taxis y automóviles particulares; se organizaron sistemas de distribución de los alimentos confiscados y pagos con vales dados por los sindicatos;

²⁹ A estos cuatro hombres habría que sumar a Carlos Arancibia, que residía en Bilbao. Esta ciudad estuvo en el lado republicano hasta el 19 de junio de 1937. Como no tenemos ningún documento de Arancibia en esa zona y sabemos que luchó con el Ejército sublevado, pensamos que pasó al bando nacional al principio de la guerra civil.

³⁰ Cf. Eduardo DE GUZMÁN, *Madrid, rojo y negro. Milicias confederales*, Tierra y Libertad, Barcelona 1938, p. 31.

y algunos presos partidarios del Frente Popular fueron puestos en libertad³¹.

También se operó un viraje en la vida social. No se admitía el uso del *usted*, dada la igualdad entre todos; la esposa era ahora una compañera, y el amigo un camarada; se saludaba con el puño cerrado; y un neutro “salud” sustituía al tradicional “adiós” como fórmula de despedida. Incluso el modo de vestir —que manifestaba la posición social— adoptó un aire proletario, de modo que las boinas, los monos y las alpargatas sustituyeron a los sombreros, trajes y zapatos. Por las calles se multiplicaron las patrullas de milicianos que pedían la documentación; y los únicos coches que circulaban, a gran velocidad, llevaban la bandera roja comunista o socialista y también la bandera roja y negra de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y de la Federación Anarquista Ibérica (FAI).

La sociedad civil se vio subordinada a multiformes entes revolucionarios; entre otros, «ateneos libertarios y casas del pueblo socialistas, radios comunistas y grupos de defensa confederal, secciones sindicales de gremio y de barrio, restos de brigadas policiales o cuarteles de milicias»³². Como no había un único programa revolucionario —cada organización tenía sus propios proyectos y deseos—, se desencadenó un notable desorden tanto en los modos de sustitución de las estructuras del Estado como en el uso de los aparatos represivos.

Un objetivo común fue la localización y sometimiento del enemigo político. Bajo el nombre de *fascistas*, *reaccionarios* o *faciosos* quedaron englobados los militares y policías, el clero secular y regular, los propietarios e industriales y los dirigentes de las derechas. Su búsqueda desembocó en una espiral de violencia

³¹ Las fuerzas sociales de la izquierda revolucionaria ya habían utilizado la violencia coercitiva y habían recortado los derechos individuales a quienes no estaban afiliados a partidos y sindicatos del Frente Popular en los meses anteriores (cf. Fernando DEL REY, *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*, Biblioteca Nueva, Madrid 2008, p. 521).

³² José Luis LEDESMA, “Una retaguardia al rojo. Las violencias en la zona republicana”, o. c., p. 189.

arbitraria, que incluyó registros, requisas, saqueos, detenciones, torturas y asesinatos³³.

Las milicias, constituidas en policías de partido, hostigaron con intensidad creciente a sus rivales políticos. Cada comité revolucionario elaboró listas de chalets y de apartamentos que debían ser inspeccionados para proceder a la detención de los enemigos reaccionarios³⁴. Los nombres que formaban parte de esos elencos se obtuvieron gracias a las denuncias –en ocasiones hechas por el portero de una casa o por una persona del servicio doméstico– y a los ficheros de personas y de agrupaciones denominadas *fascistas*.

Los revolucionarios consideraron que algunos *fascistas* eran acreedores de la pena capital³⁵. Generalmente, las sentencias de muerte se dictaron en locales requisados por las organizaciones políticas o sindicales³⁶. Allí, los autodesignados *tribunales revolucionarios* interrogaron y “juzgaron” a las personas acusadas de crímenes políticos. A pesar de la poca fiabilidad de las denuncias, quien era presentado como reaccionario debía demostrar en ese momento su inocencia, pues solo había tres posibles fallos, que ejecutaban de modo inmediato las milicias populares: la puesta en libertad, el encarcelamiento o la ejecución.

³³ Cf. Javier CERVERA, *Madrid en Guerra...*, o. c., p. 60; y Fernando JIMÉNEZ HERRERA, “Detrás del ‘Terror rojo’. Los comités madrileños durante el verano-otoño de 1936”, en Daniel OVIEDO SILVA - Alejandro PÉREZ-OLIVARES GARCÍA (coords.), *Madrid, una ciudad en guerra (1936-1948)*, Catarata, Madrid 2016, pp. 27-72.

³⁴ El Control de Nóminas, que centralizaba los ficheros incautados a los partidos de derechas, fue un eficaz instrumento de represión utilizado por los milicianos y la policía (cf. Antonio Manuel MORAL RONCAL, *Diplomacia, humanitarismo y espionaje en la Guerra Civil española*, Biblioteca Nueva, Madrid 2008, p. 28).

³⁵ Una visión desde el punto de vista anarquista sobre el “peligro fascista” que debía ser erradicado, en Eduardo DE GUZMÁN, *Madrid, rojo y negro*, o. c.

³⁶ Julius Ruiz ha individuado treinta y tres checas en las que se dictaron sentencias de muerte durante los primeros meses de guerra civil (cf. *El Terror Rojo. Madrid 1936*, o. c., p. 22). Los lugares donde se practicó la represión en Madrid superan los dos centenares. Cf. *Causa General*, 1530, Exp. 1, ff. 10-83 (en Internet, se puede acceder a la Causa General a través del Portal de Archivos Españoles PARES, del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte).

Aunque no se centralizó –hubo numerosos grupos de investigación, patrullas de control y brigadas–, la violencia estuvo organizada. Pasados los primeros días de caos, el Gobierno asumió el proceso revolucionario incoado e intentó restablecer el control. Entre otras medidas, el 4 de agosto erigió el Comité Provincial de Investigación Pública para que no hubiese confrontación entre la fuerza pública y las milicias armadas. Este Comité de Investigación, que dependía de la Dirección General de Seguridad, dirigió a varias instancias represivas, paralelas a la policía. Estuvo integrado por personas de partidos y de sindicatos frentepopulistas. Coordinó la acción de la mayoría de los tribunales revolucionarios que impartieron “justicia” las veinticuatro horas del día, y de los grupos de milicianos y de brigadas anarquistas, socialistas y comunistas, que se encargaron de las detenciones, los interrogatorios y los ajusticiamientos³⁷. Para las ejecuciones, generalmente llevaron a los reos en coche –se les dio el *paseo*– a un cementerio o a un descampado, a las afueras de la ciudad³⁸.

Para los revolucionarios, la quintaesencia de la España que debía desaparecer estaba compuesta por «los militares, los nobles, los financieros de la gran industria, los grandes terratenientes, la banca, la Iglesia»³⁹. Los socialistas y los comunistas

³⁷ Cf. Jesús F. SALGADO, *Amor Nuño y la CNT. Crónicas de vida y muerte*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid 2014, pp. 33-45; y Fernando JIMÉNEZ HERRERA, “El Comité Provincial de Investigación Pública a través de la documentación custodiada en el Archivo General Militar de Madrid”, *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea* 12 (2014) 32 pp.

³⁸ El *paseo* era un eufemismo usado para designar las ejecuciones dictadas por los tribunales revolucionarios. Después de las ejecuciones, los cadáveres eran fotografiados. Las imágenes se exponían en la Dirección General de Seguridad para que los familiares pudieran reconocer a sus allegados. Cf. Julius RUIZ, *El Terror Rojo. Madrid 1936*, o. c., pp. 147-165; Javier CERVERA, *Madrid en Guerra...*, o. c., pp. 60-78; IDEM, “Violencia en el Madrid de la Guerra Civil: los *paseos* (julio a diciembre de 1939)”, *Studia historica. Historia contemporánea* 13-14 (1995) 63-82.

³⁹ José BALLESTER, *La Iglesia, nuestro mayor enemigo en la guerra*, Sección Valenciana del Sindicato Nacional de Maestros, Valencia (sin fecha), p. 3. No mencionamos los precedentes de la violencia anticlerical, que son amplios en el tiempo y en intensidad. Recordamos que en la Segunda República sobresalen la “quema de conventos” de mayo de 1931; el asesinato de treinta y tres clérigos en Asturias

consideraban que los clérigos y los dirigentes católicos, unidos con la burguesía, controlaban la sociedad —la educación, el dinero, las conciencias—, a través del gran mito que habían creado: Dios. De modo similar, los anarquistas pensaban que la Iglesia era el mayor obstáculo para conseguir la libertad y la fraternidad de todos los hombres⁴⁰. Aunque a algunos les horrorizaba el asesinato, otros resolvieron que, si se quería acabar con un orden social que fomentaba la desigualdad y el odio, había que “purificarlo” mediante —entre otras medidas— la eliminación física de los sacerdotes y laicos destacados, así como la destrucción o incautación de los lugares de culto y de los bienes eclesiásticos⁴¹. Estas medidas, traumáticas sin duda, se creían necesarias para conseguir una sociedad perfecta, ajena a cualquier dimensión religiosa alienante.

La violencia anticlerical afloró desde el principio de la sublevación. El 18 de julio, por la mañana, fue asaltada la parroquia de San Ramón, en el Puente de Vallecas; murió un niño, hijo del sacristán de la parroquia. Por la tarde, la parroquia de San Andrés ardió. En la siguiente jornada, treinta y cuatro edificios religiosos fueron saqueados e incendiados en Madrid⁴². Como consecuencia, se hizo imposible encontrar en la capital una iglesia abierta; por ejemplo, la última noticia que tenemos de miembros de la Obra que acudieron a una Misa pública

en octubre de 1934; y el incendio intencionado de iglesias y otros actos de violencia en la primavera de 1936.

⁴⁰ Cf. Gonzalo ÁLVAREZ CHILLIDA, “Movimiento libertario y religión durante la Segunda República”, en Julio DE LA CUEVA - Feliciano MONTERO (eds.), *Izquierda obrera y religión en España*, Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares 2012, p. 123. La propaganda revolucionaria fomentaba esas ideas con caricaturas que presentaban al clero como beligerante, armado, obscuro y adinerado.

⁴¹ Un monumento significativo de España era la imagen del Sagrado Corazón del Cerro de los Ángeles, enclavado en el centro geográfico de la Península Ibérica. En el pedestal sobre el que se apoyaba la estatua estaba escrito “Reino en España”. El 28 de julio, un grupo de milicianos “fusiló” la imagen; después, destruyó todo el monumento con una bomba. La fotografía del “fusilamiento” fue muy divulgada, pues mostraba lo que para algunos era el inicio de la sociedad revolucionaria.

⁴² Cf. José Luis ALFAYA, *Como un río de fuego. Madrid, 1936*, o. c., pp. 40-41.

es del 26, día en el que Juan Jiménez Vargas y Álvaro Portillo estuvieron en el Sanatorio del Rosario, en la calle Príncipe de Vergara.

Por vía de hecho, el culto público fue suspendido. El Gobierno colaboró con esa medida cuando el 27 de julio decretó la apropiación inmediata de los edificios que habían utilizado las órdenes religiosas para la enseñanza y «los que, aun no dedicados a ella, estuviesen actualmente desocupados»⁴³; y también el 11 de agosto, cuando aprobó el cierre de los establecimientos religiosos que hubiesen cometido cualquier acto que «pueda estimarse como de participación directa o indirecta o de auxilio mediato o inmediato al movimiento sedicioso»⁴⁴.

Pero, más allá de los aspectos legislativos y de los atentados a los edificios religiosos, el «furor cleróforo»⁴⁵ mostró su peor cara con las personas. Los grupos revolucionarios ejecutaron a su libre arbitrio a sacerdotes y religiosos. Los mataron de un tiro en la cabeza o incluso después de torturas de crueldad extrema. La aniquilación del clero fue un acto racional que intentó alcanzar su objetivo⁴⁶. En Madrid capital residían mil setecientos sacerdotes (mil cien seculares y seiscientos regulares). Setecientos

⁴³ Decreto, 28-VII-1936, en *Gaceta de la República*, n. 210 (28-VII-1936), p. 880.

⁴⁴ Decreto, 11-VIII-1936, en *Gaceta de la República*, n. 226 (13-XII-1936), p. 1223.

⁴⁵ José Luis LEDESMA, «Una retaguardia al rojo. Las violencias en la zona republicana», o. c., p. 183.

⁴⁶ España tenía unos treinta mil presbíteros seculares y unos diez mil religiosos varones en julio de 1936. Según Montero Moreno, 6806 clérigos —el diecisiete por ciento del total— fueron asesinados durante la guerra civil (entre ellos, doce obispos y un administrador apostólico); a estas personas hay que sumar otros 249 seminaristas y 283 religiosas (Antonio MONTERO MORENO, *Historia de la persecución religiosa...*, o. c., pp. 760-763). Si nos centramos solamente en la zona republicana, donde vivían aproximadamente la mitad de los clérigos —unos veinte mil—, el porcentaje de clero masculino asesinado asciende hasta el treinta y cuatro por ciento, un tercio del total. Estas cifras han sido retocadas, al alza, en tiempos recientes (cf. Ángel David MARTÍN RUBIO, *La Cruz, el perdón y la gloria. La persecución religiosa en España durante la Segunda República y la Guerra Civil*, Ciudadela Libros, Madrid 2007).

cuatro —el 41,4 por ciento del total— murieron asesinados⁴⁷. El 95,1 por ciento de estos crímenes se produjo durante el segundo semestre de 1936. Si lo comparamos con el resto de la sociedad, el clero fue el grupo socio-profesional que sufrió más *paseos* en el Madrid republicano, con el 18,11 por ciento del total de asesinatos cometidos⁴⁸.

El 14 de septiembre, Pío XI recibió en audiencia a un grupo de españoles exiliados. El Pontífice tuvo palabras de consuelo para «vosotros, robados y rapiñados del todo; vosotros, expulsados y buscados para ser asesinados en las ciudades y los pueblos»⁴⁹. Por contraste, añadió que la dura represión había dado lugar a «un esplendor de virtudes cristianas y sacerdotales, de heroísmo y de martirios»⁵⁰. Reacio a tomar partido oficialmente, Pío XI cerró sus palabras animando a querer a los enemigos «con un amor compuesto particularmente de compasión y de misericordia»⁵¹.

Por entonces, tanto la noticia de los asesinatos constantes por motivos religiosos como las demás formas de terror revolucionario habían eliminado, en buena parte de los católicos españoles, cualquier deseo de regreso al orden democrático de la Segunda República. En octubre, varios obispos, comenzando por el primado, el cardenal Gomá, se pronunciaron sin reservas a favor del bando nacional⁵². Muchos católicos resolvieron que,

⁴⁷ Concretamente, asesinaron a trescientos seis seculares y a trescientos noventa y ocho regulares en Madrid capital. Estas estadísticas han sido elaboradas con la bibliografía sobre el particular y con setecientos veintiún expedientes personales de sacerdotes residentes en Madrid en 1936 que se conservan en el Archivo Histórico de la Diócesis de Madrid y en el Archivo de Curia de la Archidiócesis de Madrid (cf. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *El clero en la Segunda República. Madrid, 1931-1936*, Monte Carmelo, Burgos 2011, pp. 24 y 471; y José Luis ALFAYA, *Como un río de fuego. Madrid, 1936*, o. c., pp. 23-24).

⁴⁸ Cf. JAVIER CERVERA, *Madrid en Guerra...*, o. c., p. 76.

⁴⁹ Pío XI, "Discurso", en *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XXVIII, n. 11 (15-IX-1936) 373.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 374.

⁵¹ *Ibidem*, p. 380-381.

⁵² Dos meses antes —el 6 de agosto—, Mateo Múgica y Marcelino Olaechea, obispos de Vitoria y Pamplona respectivamente, habían firmado una Instrucción

por encima del restablecimiento del orden social, la victoria de los sublevados era necesaria para preservar la religión en España. De modo particular, el tradicionalismo cultural volvió su mirada al pasado, se proyectó en el presente y concluyó que había comenzado una nueva cruzada por la defensa de la fe y de la identidad nacional. Ante el enemigo despiadado del cristianismo, había que pelear, por Dios y por España, hasta el fin⁵³.

En domicilios de familiares

La sublevación militar se produjo en plena estación veraniega. Muchos de los miembros de la Obra estaban en Madrid y colaboraban en la instalación de la Residencia DYA; otros se habían desperdigado por la geografía peninsular. En la capital se hallaban cinco profesionales —Isidoro Zorzano, Juan Jiménez Vargas, José María González Barredo, Manuel Sainz de los Terreros y Miguel Bañón—; cuatro estudiantes —Álvaro Portillo, Eduardo Alastrué, Vicente Rodríguez Casado, José María Hernández Garnica—; y el grupo inicial de mujeres. En el Levante, estaba un profesional —Ricardo Fernández Vallespín— y cuatro estudiantes: Pedro Casciaro, Francisco Botella, Rafael Calvo Serer y Enrique Espinós. A estos hombres se añadían otros dos

pastoral, redactada por Isidro Gomá, cardenal de Toledo. Allí declaraban que no era lícito que los católicos apoyaran a los enemigos del cristianismo. En cambio, alababan el levantamiento cívico-militar en el que «late, junto con el amor de patria en sus varios matices, el amor tradicional a nuestra religión sacrosanta» (*Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Pamplona*, n. 1832 [15-VIII-1936] 318). Cf. Gonzalo REDONDO, *Historia de la Iglesia en España. 1931-1939*, II (“La Guerra Civil [1936-1939]”), Rialp, Madrid 1993, pp. 61-64.

⁵³ Sobre el origen y uso de la palabra “cruzada”, que no se utilizó en un primer momento en el sentido de guerra religiosa y que, en cambio, acabó por tener ese significado para la zona nacional y para la mayoría de los obispos españoles, cf. José ANDRÉS-GALLEGO, *¿Fascismo o Estado católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco (1937-1941)*, Encuentro, Madrid 1987, pp. 15-35; Gonzalo REDONDO, *Historia de la Iglesia en España. 1931-1939*, o. c., pp. 69-73; y Rafael CRUZ, “Viejos símbolos, nuevos significados. La movilización rebelde en el verano de 1936”, en C. EALHAM y M. RICHARDS, *España fragmentada. Historia cultural y Guerra Civil española*, Comares, Granada 2010, pp. 207-228.

estudiantes: Miguel Fisac, que vivía en Daimiel (Ciudad Real); y José María Isasa, que se alojaba en Molina de Aragón, pueblo de la provincia de Guadalajara (*Gráfico 1*)⁵⁴.

La violencia arbitraria, el miedo ante un peligro desconocido y la incertidumbre por la marcha de los acontecimientos marcaron la vida de los madrileños ajenos a los movimientos revolucionarios. A medida que se oían informaciones sobre la represión desatada, la ansiedad crecía en las familias que se sentían potencial o realmente perseguidas. Los registros sistemáticos y repetidos de casas particulares, las llamadas por teléfono de desconocidos, las noticias de personas desaparecidas y las denuncias anónimas crearon una situación de angustiosa alarma en muchos hogares⁵⁵.

Durante los días posteriores a la sublevación, el fundador del Opus Dei y sus hijos espirituales se refugiaron en los domicilios de sus parientes y se mantuvieron a la espera. Desde el inicio, José María Escrivá estableció diversas prioridades. La primera consistía en procurar la integridad física de cada uno de sus hijos en la Obra, algo que, de momento, parecía haberse conseguido en Madrid. En cambio, resultaba incierta para los que se hallaban fuera de la capital; por este motivo, buscó formas de contacto, con llamadas de teléfono o mediante el correo postal.

Por otra parte, la situación de guerra dejó patente la realidad, por demás conocida, de que la Obra dependía de su fundador; de hecho, la institución no tenía una aprobación canónica, dada su juventud, aunque contara con la aprobación oral de la autoridad diocesana⁵⁶. En este sentido, el inicio del enfrentamiento

⁵⁴ Agradecemos a Juan Pablo García Marcos la elaboración del Gráfico 1. No hemos añadido a las mujeres que estaban en contacto con el fundador de la Obra por falta de suficientes fuentes documentales; por los datos que poseemos, residieron siempre en domicilios familiares.

⁵⁵ Cf. Adelardo FERNÁNDEZ ARIAS, *Madrid bajo "el terror"*, Librería General, Zaragoza 1937, p. 55.

⁵⁶ El interlocutor habitual de Escrivá había sido hasta el momento el vicario de la diócesis de Madrid-Alcalá, Francisco Morán. Cuando estalló la guerra civil, el máximo representante del obispo Eijo Garay en la capital fue Manuel Rubio Cercas, provicario de la diócesis y párroco de Nuestra Señora de los Ángeles, que

bélico se mostraba como una prueba de alto riesgo para el Opus Dei. Si el fundador caía asesinado, sería muy difícil que la Obra siguiera adelante. Ahora bien, ante los peligros de la guerra, la actitud de Escrivá sobre sí mismo fue de abandono en las manos de Dios y de aceptación de las sugerencias que le hizo Juan Jiménez Vargas.

Este joven médico tenía una personalidad madura, que aunaba un carácter recio con un alma apasionada a la hora de emprender iniciativas. Su fe en José María Escrivá como fundador de la Obra era inquebrantable. Juan le había ayudado en el inicio del apostolado del Opus Dei con estudiantes, de modo particular en la puesta en marcha de la Academia y Residencia DYA. Ahora entendió que debía proteger al fundador y, al mismo tiempo, ejecutar las tareas que le asignara. Y, a pesar de que corría un gran riesgo personal porque había sido secretario de la Agrupación Escolar Tradicionalista –considerada enemiga del Frente Popular–, se dispuso para la acción.

Ya el 20 de julio, Juan Jiménez Vargas estuvo con Álvaro Portillo y con José María Hernández Garnica y contactó por teléfono con don José María Escrivá y con Vicente Rodríguez Casado. Con los datos recabados, apuntó, con su peculiar estilo literario: «Resulta que yo, que tengo una sensibilidad como de cemento, encima tengo más motivos que nadie para estar tranquilo porque sé cómo están todos»⁵⁷. Por ejemplo, ese día don José María le dijo por teléfono que había pensado regresar a Ferraz 16 antes de que anocheciera porque la casa estaba abandonada. Juan respondió que, dada la situación, convenía esperar a la siguiente jornada.

A primera hora del 21 de julio, Jiménez Vargas acudió al piso de la calle Doctor Cárceles. Se encontró a Escrivá vestido

estaba refugiado en la embajada de Noruega. En la primavera de 1937 pasó a la zona nacional, y fue sustituido en Madrid primero por Rafael García Tuñón, y luego por José María García Lahiguera (cf. José Luis ALFAYA, *Como un río de fuego. Madrid, 1936*, o. c., p. 105-124 y 161). No nos consta que Escrivá haya contactado en 1937 con alguno de estos sacerdotes.

⁵⁷ *Diario de Ferraz*, 20-VII-1936, p. 88r.

con el mono azul. El fundador insistió en su deseo de volver a DYA con su madre y sus hermanos porque no había nadie allí. De nuevo, el doctor le convenció de que no saliesen de su domicilio, ya que el ambiente en la calle estaba muy enrarecido, con milicianos armados que disparaban al aire, con *paqueo* y con rumores que hablaban de numerosos asesinatos, también de sacerdotes⁵⁸.

Durante la semana siguiente, Jiménez Vargas se reunió varias veces con Escrivá, Portillo, Zorzano, Hernández Garnica y Rodríguez Casado; habló por teléfono con Bañón, Sainz de los Terreros y González Barredo; y, por encargo de don José María, envió sendas postales a Rafael Calvo Serer y a Ricardo Fernández Vallespín. Además —también por encargo del Padre—, visitó a la familia de Ricardo para tranquilizarla y para interesarse por uno de sus hermanos, Carlos, que era alumno de la academia militar y que había conseguido escapar ileso del Cuartel de la Montaña. Igualmente, avisó a la cocinera y a los empleados de la Residencia DYA para que no fuesen allí hasta nueva orden. Y, como le quedaba tiempo libre, por las tardes pasó a máquina unos apuntes sobre las clases de formación cristiana que se habían dado en DYA.

En aquellas jornadas, Jiménez Vargas se acercó todas las mañanas a Ferraz 16. Ese mismo martes 21 observó que «había muchos cristales rotos, impactos en la fachada, [y que estaban] los cristales del portal deshechos»⁵⁹; comentó este suceso con los Escrivá y, según añade, «con el P. [Padre] estuve hablando de que, si triunfa la sublevación, hemos de sacar pesetas para revocar la fachada»⁶⁰. Al día siguiente, entró con Zorzano en la Residencia para ordenar lo imprescindible. Tiraron la basura, cortaron la corriente para evitar cortocircuitos, escondieron la sotana del fundador y recogieron su cédula de identidad, una cartera y unas llaves. Cuando estaban comprobando los destrozos producidos

⁵⁸ Cf. Anotaciones de José María Escrivá entre el 20 y el 25 de julio de 1936, en AGP, serie A.2, 8-1-1.

⁵⁹ *Diario de Ferraz*, 21-VII-1936, p. 90v.

⁶⁰ *Diario de Ferraz*, 21-VII-1936, p. 91r.

por las balas, sonó el timbre. Alarmados, abrieron la puerta. Era José María Albareda, catedrático del Instituto Velázquez de Madrid y conocido de Escrivá⁶¹.

Los últimos días de julio se sucedieron con lentitud en el apartamento de la calle Doctor Cárceles en el que vivía don José María con su madre, María Dolores, y sus hermanos, Carmen y Santiago. Sin poder celebrar la Misa, el fundador rezó y ofreció a Dios mortificaciones voluntarias, como no beber agua durante un tiempo. El 23 descubrió un misal en la casa y dijo, por devoción, la “Misa seca”, que consistía en recitar las oraciones litúrgicas de la Misa –salvo la fórmula de la consagración– y en hacer una comunión espiritual como sustituto de la Comunión eucarística.

De modo particular, le preocupaba la suerte de sus hijos en la Obra. Mantuvo el contacto con los que pudo, llamando por teléfono o recibiendo algunas visitas, entre otras la de Hermógenes García, que conversó con él en la tarde del 23 de julio⁶². También cuidó de su madre, muy inquieta con la situación social; así, le rogó a su hermano Santiago que no mencionara noticias sobre la marcha de la guerra cuando ella estuviese presente.

Por su parte, Manolo Sainz de los Terreros gozó de cierta seguridad gracias a su «documentación de funcionario del Estado, como ingeniero del Ministerio de Obras Públicas»⁶³. Vivía en la casa paterna, situada en la calle Sagasta 33, acompañado por su hermano Ramón –marino militar que fue detenido el 21 de julio– y por una criada de setenta años llamada Martina; su padre, viudo, y sus dos hermanos pequeños, veraneaban en Fuenterrabía.

⁶¹ Cf. *Diario de Ferraz*, 21-VII-1936, p. 92r. Sobre la relación de Albareda con el fundador del Opus Dei, cf. Enrique GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS, *José María Albareda. Una época de la cultura española*, Magisterio Español, Madrid 1970; y Pablo PÉREZ LÓPEZ, “San Josemaría y José María Albareda (1935-1939)”, *Studia et Documenta* 6 (2012) 13-66.

⁶² Cf. Anotaciones de José María Escrivá entre el 20 y el 25 de julio de 1936, en AGP, serie A.2, 8-1-1.

⁶³ Anotación de Juan Jiménez Vargas, sin fecha, en AGP, serie A.2, 8-2-1.

Manolo acudió diariamente a su puesto de trabajo en la oficina de la empresa constructora “Alejandro San Román”, localizada en el número 10 de la misma calle donde vivía. De acuerdo con su carácter algo despistado e ingenuo, se presentaba en la calle vestido con las trazas de un buen miliciano –aunque no lo lograra del todo–, como apuntó: «Alpargatas sin calcetines, pantalón de Mahón, en mangas de camisa, sin afeitarse y peinarse»⁶⁴.

El resto de profesionales y estudiantes de la Obra no salían de su domicilio de momento, a no ser que tuviesen gestiones específicas. Un caso particular fue el de José María Hernández Garnica que cumplía el servicio militar, aunque gozaba entonces de un permiso por motivos de estudios. Como no deseaba incorporarse a su regimiento, se refugió, junto con otros jóvenes de la familia, en casa de su tío Pablo Garnica, en la calle Jorge Juan. A los pocos días, «llegó un grupo de milicianos que registraron la casa y se incautaron del piso. A los refugiados les dio tiempo para bajar al jardín interior del edificio, saltar una valla y alcanzar la calle Goya, donde se dispersaron»⁶⁵. Sin otro lugar al que acudir, José María regresó a casa de su madre, en la calle Conde de Aranda 14.

El 25 de julio, fiesta del Apóstol Santiago, Juan Jiménez Vargas fue a la calle Doctor Cárceles a primera hora. Trató de dar noticias agradables –según la radio de París el Gobierno republicano no podía durar más de unos días– con el fin de tranquilizar a la madre de don José María. Después, caminó hasta la Residencia DYA para recoger una tarjeta de identidad que González Barredo había olvidado antes de la sublevación. Apenas había cerrado la puerta de la calle, escuchó que llamaban insistentemente al timbre. Se encomendó al Ángel Custodio y abrió. Aparecieron cinco milicianos de la CNT, que entraron diciendo que requisaban la casa. El jefe del grupo se identificó al cabo de un rato como antiguo cocinero del conde del Real.

⁶⁴ Diario de Manuel Sainz de los Terreros, 20-VII-1936, en AGP, serie A.2, 8-1-6. Como se citará con frecuencia, no ofreceremos de nuevo la referencia de archivo de esta fuente.

⁶⁵ José Carlos MARTÍN DE LA HOZ, *Roturando los caminos...*, o. c., p. 40.

Según Juan, «llevaba una [pistola] Star estupenda del nueve largo, que daba envidia»⁶⁶. Jiménez Vargas les mostró su carnet de la Federación Deportiva Universitaria, que, por tener fama de que estaba controlada por la FUE –Federación Universitaria Escolar, agrupación estudiantil de izquierdas–, gustó a los anarquistas. Con todo, registraron la vivienda minuciosamente. Durante más de una hora, Juan trató de no alejarse del jefe de la patrulla porque era el que le inspiraba menos confianza. Enseguida, advirtió que deseaban robar objetos de valor, y que estaban sorprendidos porque había cambiado el dueño.

Jiménez Vargas trató de despistarlos. Dijo que el edificio todavía era propiedad del conde y que había planes de comenzar una Residencia que estaría dirigida por un ciudadano extranjero, un tal Zorzano. Los milicianos se mostraron escépticos sobre la verdadera finalidad de la Residencia cuando dieron con algunas listas de nombres, la cédula de un criado y diversos himnos de la Juventud Católica. Al llegar al cuarto del Padre descubrieron sus disciplinas y cilicios. Blasfemaron y Juan respondió con malas palabras, tratando de quitar importancia al hecho de que tuviesen un capellán. Luego, forzaron la caja de caudales y cogieron el dinero –con cierto cinismo entregaron a Juan una nota con la cantidad que requisaban–, y también se llevaron las alhajas regaladas por la condesa de Humanes. El jefe del grupo declaró que la casa quedaba confiscada y pusieron una bandera de la CNT en el balcón⁶⁷.

Salieron de la Residencia. Ante la vista de los curiosos arremolinados en la acera, Jiménez Vargas fue obligado a entrar en un coche. Pensó entonces que le iban a dar el *paseo* en la Casa de Campo. Pero tuvo suerte porque acudieron a casa de sus padres para continuar el registro. Entonces, se inquietó de verdad, ya que en su habitación guardaba el diario de DYA, un fichero de personas que frecuentaban la residencia y carnets de la Agrupación Escolar Tradicionalista. Al llegar a su cuarto, como

⁶⁶ *Diario de Ferraz*, 25-VII-1936, p. 94r.

⁶⁷ *Ibidem*.

anotó luego, «me puse delante del cajón en que guardo las cosas de la O. [Obra], que estaba en el suelo. Me hizo abrir el armario de la ropa —seguramente fue el Ángel Custodio— porque abrí por completo, bruscamente, tapando con la puerta del armario el cajón»⁶⁸. Después de registrar el armario, el jefe comentó que ya habían visto lo necesario y que irían al domicilio del director de la Residencia. En ese momento intervino la madre de Juan. Nerviosa, dijo que acompañaría a su hijo adonde lo llevaran. El jefe del grupo contestó «que no se preocupara porque no es la CNT quien hace eso que se cuenta»⁶⁹. Lo dejaron libre y se marcharon.

Juan esperó un rato y, a continuación, fue a casa de don José María para contarle lo sucedido. Luego salió a la calle con Álvaro. Soltando la tensión acumulada, «comentábamos que ahora necesariamente tiene que triunfar la sublevación porque no nos vamos a quedar sin casa. Viendo todo en manos de Dios estábamos muy tranquilos y hasta alegres, y nadie podría figurarse lo que pasaba viendo cómo bromeábamos por la calle»⁷⁰. Esa tarde, tuvo el ánimo suficiente para pasar visita médica a una monja que estaba enferma⁷¹.

Jiménez Vargas une su suerte a la de Escrivá

Diez días después del inicio de la sublevación, el panorama era poco halagüeño. El golpe militar había triunfado en una mitad de España y se había hecho con el control de la vida política y social; en cambio, había fracasado en la otra mitad, que permanecía bajo el Gobierno republicano. Quedaba claro que el conflicto solo se resolvería mediante una guerra que, según se pensaba, sería de corta duración, en torno a un mes.

⁶⁸ *Diario de Ferraz*, 25-VII-1936, p. 98r. Más tarde, Álvaro Portillo pidió a la familia Jiménez Vargas que quemara el fichero (cf. Anotación de Juan Jiménez Vargas, sin fecha, en AGP, serie A.2, 8-1-3).

⁶⁹ *Diario de Ferraz*, 25-VII-1936, p. 98r. “Eso que se cuenta”: los asesinatos arbitrarios.

⁷⁰ *Diario de Ferraz*, 25-VII-1936, p. 98v.

⁷¹ Cf. *Ibidem*.

La partición de España en dos bandos llevó consigo el gradual afianzamiento de las propias posiciones, con el consiguiente rechazo del contrario, visto como un enemigo al que había que combatir hasta su rendición o su aniquilamiento. La propaganda cobró aires. Para los sublevados, la otra parte era una zona roja, destinada a ser sojuzgada por la fuerza comunista; para el Gobierno republicano, en cambio, las derechas se habían aliado con el Ejército y con la Iglesia para acabar con el sistema democrático, cosa que las incapacitaba para el juego político una vez que se lograra la paz. Sin duda, la España de después de la guerra sería completamente distinta a la que acababa de perecer.

En Madrid, el final de julio manifestó cierto cansancio y pesimismo, debido a la tensa situación que se vivía en la capital, a la que se unía la lucha del Ejército republicano pocos kilómetros al norte, en las sierras de Guadarrama y de Somosierra. En la ciudad, las milicias populares de Izquierda Republicana, la CNT, los comunistas y los socialistas seguían indagando, con empeño, la identidad política de las personas, de modo particular la de los varones en edad militar. La incesante actividad represiva de esa fuerza pública estaba fundada en el temor de que se organizase un movimiento contrarrevolucionario en la retaguardia⁷².

Las credenciales que poseía una persona —los documentos que hubiesen sido expedidos antes del 18 de julio— se convirtieron en un aliado imprescindible para moverse por la calle y, en ocasiones, en un salvoconducto y en un seguro de vida. La única identidad oficial reconocida era un papel sin foto denominado *cédula personal*. Muy a menudo, un carnet profesional o un certificado de trabajo también servían para identificarse. Ahora, en cambio, la *cédula personal* y los carnets profesionales resultaban insuficientes para identificarse ante las patrullas de milicianos. Los transeúntes tenían que presentar «el carnet sindical o político de cualquier partido o sindicato adherido al

⁷² Cf. Julius RUIZ, *El Terror Rojo. Madrid 1936*, o. c., p. 78.

Gobierno, salvo contadísimas excepciones, tal que el carnet de policía, o el de periodista, o el de funcionario público»⁷³.

Pensando todavía en una guerra de pocas semanas, los miembros de la Obra buscaron modos de acomodarse a las nuevas circunstancias⁷⁴. José María Escrivá no poseía una documentación que le avalase, más allá de la cédula personal; esta falta de papeles, unida a la persecución que se había desatado contra el clero, hacían inevitable su aislamiento. También permanecían escondidos otros profesionales y estudiantes que temían por sus vidas. Vicente Rodríguez Casado, en cambio, contaba con un carnet de la Cruz Roja, por lo que ayudó en un hospital, atendiendo heridos⁷⁵. Juan Jiménez Vargas tenía el carnet médico y la tarjeta de la Federación Deportiva Universitaria, que le daban un mínimo de garantías⁷⁶; incluso, para quedar bien, presentó su carnet en la Facultad de Medicina, por si hacía falta que le llamaran para atender a enfermos de guerra. Manolo Sainz de los Terreros poseía una credencial de ingeniero del Ministerio de Obras Públicas, y también un aval sindical que le habían proporcionado los obreros de su constructora “Alejandro San Román”⁷⁷; además, se agenció un brazalete con los colores republicanos y un sello oficial. Y Álvaro Portillo disponía de una

⁷³ Santos ALCOCER, “... *Y Madrid dejó de reír*”, G. del Toro, Madrid 1974, p. 288.

⁷⁴ Sainz de los Terreros deseaba la victoria de los sublevados, aunque no las tuviese todas consigo: «Las noticias siguen siendo muy buenas.- La seguridad del triunfo del ejército es un hecho en todo el mundo; ya a nadie se engaña.- La incógnita, ¿cuándo se acaba?; y en Madrid las milicias armadas y casas incautadas, ¿cómo se quitan?» (Diario de Manuel Sainz de los Terreros, 30-VII-1936).

⁷⁵ Vicente Rodríguez pasó un tiempo en el Hospital de la Cruz Roja de la calle Santa Engracia, donde trabajaba su cuñado César Serrano de Pablo. Pronto regresó a casa de sus padres, en la calle Pastor (cf. Luis MARTÍNEZ FERRER, “Vicente Rodríguez Casado: Niñez, juventud y primeros años (1918-1940)”, o. c., p. 227).

⁷⁶ Según Vargas, «podíamos estar fichados, porque los estudiantes de un mismo curso nos conocíamos todos, y los exaltados de los grupos comunistas y anarquistas de la Universidad eran crueles» (Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 22-II-1985, en AGP, serie A.5, 221-1-3).

⁷⁷ «Estuve en la oficina y fui con 3 milicianos al Palacio Villapadierna.- Me dieron un salvoconducto que yo redacté para mí» (Diario de Manuel Sainz de los Terreros, 1-VIII-1936).

tarjeta de ayudante de Obras Públicas, trabajo que desempeñaba en la Jefatura de Puentes y Cimentaciones⁷⁸.

La situación de José María Escrivá era la más crítica a causa de la búsqueda, interrogatorio y –en muchos casos– asesinato del clero. Los sacerdotes sabían que, en el caso de que fuesen identificados por las milicias, sus posibilidades de mantener la vida eran escasas. Casi todos optaron en un primer momento por cobijarse en domicilios de familiares. Después, buscaron escondites mejores o intentaron huir a lugares donde no hubiese represión religiosa⁷⁹. Entre los primeros sacerdotes asesinados en Madrid se cuenta a Pedro Poveda, amigo de Escrivá, que fue ejecutado el 28 de julio. La noticia de su muerte les llegó a González Barredo y a Jiménez Vargas dos días más tarde, pero no se la dieron a Escrivá para evitarle nuevos disgustos.

El 29 de julio, el Gobierno movilizó a los jóvenes españoles de veintitrés y veinticuatro años. Juan Jiménez Vargas, que tenía veintitrés, no fue convocado porque le habían concedido una prórroga de estudios. Ahora bien, como era posible que lo llamaran a filas en breve, a petición de José María Escrivá se trasladó a vivir al piso de la calle Doctor Cárceles. De este modo, según razonaba, no estaría localizable si le buscaban en su casa y, sobre todo, acompañaba a Escrivá. Después de instalarse, hablaron sobre la situación de DYA y de la Obra. Escrivá comentó esto: «Le parece muy natural lo de nuestra casa [la incautación] porque no estaba bien que mientras se persigue a la

⁷⁸ Hasta el inicio de la guerra, Portillo estudiaba por las mañanas en la Escuela de Ingeniería de Caminos; por las tardes trabajaba de ayudante de Obras Públicas en la Jefatura de Puentes y Cimentaciones de Madrid (cf. Javier MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo...*, o. c., p. 99).

⁷⁹ También se dio una actitud, muy minoritaria, protagonizada por el clero que se mostró públicamente a favor del sistema republicano durante la guerra civil. Los clérigos que se adhirieron a esta posición ofrecieron respuestas de carácter socio-político a quienes les interrogaron acerca de los asesinatos de sus colegas consagrados, y negaron que hubiese una represión por motivos religiosos. En cambio, los testimonios de las muertes violentas de sacerdotes evidencian que, casi siempre, se les mató por odio a la religión. Cf. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, “Leocadio Lobo, un sacerdote republicano (1887-1959)”, *Hispania Sacra* 125 (2010) 309.

Iglesia en España nosotros estuviéramos muy cómodamente»⁸⁰. Al día siguiente, hicieron un rato de oración y pidieron –según anotó Jiménez Vargas– «por el triunfo del ejército porque dice el V. [Padre] que es el ejército de la cruz igual que en Lepanto o Las Navas, aun con todas sus miserias humanas, también como aquellos»⁸¹. El médico vio la fortaleza del fundador, manifestada en un esfuerzo constante por rezar y por no perder la alegría. Era frecuente que repitiese, una y otra vez, “fiat”⁸², como forma de aceptación de los acontecimientos.

En otro momento, durante un rato orando, el fundador añadió –refiriéndose a las personas que se habían apropiado indebidamente de DYA– «que los perdona y que los perdone yo también. Yo –añade Juan Jiménez Vargas en sus notas– los perdono, aunque en realidad no hay de qué porque nunca les he tenido rencor. Y a mí personalmente no me han hecho nada»⁸³.

Jiménez Vargas asumió como tarea personal la protección del fundador. Además de adoptar las medidas de precaución oportunas, sopesó en varias ocasiones si era más conveniente que huyeran. De momento, la solución de resguardarse en Doctor Cárceles no parecía mala. Ciertamente, don José María era un sacerdote conocido en el barrio de Argüelles. Pero estaban convencidos de que nadie le había visto entrar en la casa el 20 de julio y, por otra parte, la situación de su familia –una señora viuda que oficialmente vivía con dos hijos, de los cuales el varón era todavía un adolescente– no levantaba muchas sospechas. De todos modos, y como medida adicional de camuflaje, don José María se dejó bigote.

⁸⁰ Notas de Juan Jiménez Vargas del 29-VII al 29-VIII-1936 (anotación del 30-VII), en AGP, serie A.2, 8-1-2. En estas anotaciones algunas veces solo se indica el día; lo señalaremos entre paréntesis cuando así sea.

⁸¹ *Ibidem*. Por entonces, como queda dicho, la noticia de los asesinatos de muchos sacerdotes era de dominio público. “V.” es abreviatura del alemán *Vater*, Padre.

⁸² “Fiat”: en latín, hágase. Son las palabras que dijo la Virgen María en el momento de la Encarnación de Jesucristo (Lc 1,38).

⁸³ Notas de Juan Jiménez Vargas del 29-VII al 29-VIII-1936, en AGP, serie A.2, 8-1-2.

Pasaron los días. El fundador rezó y trató de contactar con todos sus hijos espirituales porque la falta de noticias le consumía. Por carta pidió que enviaran su correspondencia a Ferraz 50, pues el portero de la vivienda era de confianza. De hecho, un grupo de milicianos apareció por allí preguntando por los residentes de DYA pero —además de que comprobaron que la casa estaba desalquilada— el portero fingió que desconocía su paradero. Gracias a esta ayuda, Manolo Sainz de los Terreros pasó de vez en cuando por la portería de Ferraz 50 para recoger cartas. Recibieron noticias de algunos amigos de la Residencia y de los demás de la Obra, de modo particular de los que seguían en el Levante. Por ejemplo, el 27 de julio abrieron un telegrama de Ricardo Fernández Vallespín en el que decía que estaban bien en Valencia. Enseguida, Jiménez Vargas respondió con otro telegrama de parte de Escrivá.

Por motivos de seguridad, los miembros de la Obra acudieron pocas veces al piso de Doctor Cárceles. Cuando aparecían, contaban informaciones que a veces eran verdaderas y que, en otras ocasiones, no pasaban de ser bulos diseminados por la ciudad. Un día, Sainz de los Terreros pasó a verles con el dato, tristemente real, del fallecimiento de la condesa de Humanes.

La llegada del mes de agosto coincidió con un momento de cansancio para Juan Jiménez Vargas, dada la parálisis a la que estaban obligados. Por su carácter, propenso a la actividad, la reclusión le impacientaba: «Esto de estar todo el día encerrado, quieto, perdiendo el tiempo y sin poder hacer ejercicio es horroroso y no estaría si no fuera porque el P. [Padre] lo pasaría peor no estando ninguno de nosotros con él»⁸⁴. Un desahogo posible se podía haber encontrado en el trato con el padre Morata, un agustino que vivía oculto en otro apartamento y que se acostumbró a almorzar en la casa de los Escrivá Albás. Ahora bien, según Jiménez Vargas, a pesar de su conversación y vasta cultura —era arabista—, el religioso tenía un ligero desequilibrio que dificultaba la convivencia.

⁸⁴ *Ibidem.*

Por entonces, José María Hernández Garnica y Álvaro Portillo estaban en la calle del Conde de Aranda, donde los dos seguían escondidos en las casas de sus padres, en los números 14 y 16 respectivamente. Un día que salieron brevemente para hacer una gestión se encontraron. Hernández Garnica en ese momento pasaba una situación de fuerte nerviosismo y de desconcierto ante la evolución de los acontecimientos. Portillo, que estaba más tranquilo, le ayudó a serenarse, a tener paciencia y a mantenerse unido al fundador de la Obra⁸⁵.

Veinte días de agosto en la calle Sagasta

La aviación nacional lanzó algunas bombas sobre Madrid el 7 de agosto. La tensión aumentó en la ciudad. Entre otros acontecimientos, los registros y detenciones en las viviendas se multiplicaron. El domingo 9, los Escrivá se enteraron de que el portero de un edificio vecino había averiguado que en el número 3 de Doctor Cárceles estaban escondidos dos clérigos y que había avisado a los milicianos. El registro se podía producir en cualquier instante, por lo que debían huir. Sin tiempo para muchas despedidas, Dolores Albás entregó a su hijo la alianza matrimonial de su marido para que pareciese que estaba casado⁸⁶.

Don José María y Juan salieron a la calle y caminaron hasta el domicilio de José María González Barredo, en la calle Caracas 15, principal. Como no le encontraron, siguieron hasta la vivienda de Isidoro Zorzano, en la calle Serrano 51. Allí se personó Manolo Sainz de los Terreros para ayudar en lo que fuera menester. Hablaron por teléfono con José María González Barredo, quien les sugirió que fueran al Hogar Santa María, una pensión alemana de la calle Martín de los Heros⁸⁷. Al llegar a ese

⁸⁵ Cf. José Carlos MARTÍN DE LA HOZ, *Roturando los caminos...*, o. c., p. 41.

⁸⁶ Se ha sugerido que Escrivá durmió el 8 de agosto en la pensión de Albarreda (cf. Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, II, o. c., p. 28), pero no hay fuentes documentales que avalen esta hipótesis.

⁸⁷ El Hogar Santa María o Marienheim era una residencia relacionada con la embajada de Alemania. Estaba dirigida por un sacerdote que conocía la

edificio, supieron que estaban levantando la pensión por falta de seguridad. Resolvieron que don José María fuese al apartamento de Manolo, en la calle Sagasta 33, segundo izquierda, y que Juan regresara a su casa. Pero, en cuanto llegó al domicilio de sus padres, Jiménez Vargas recibió un aviso de Sainz de los Terreros para que acompañara al Padre, por lo que se trasladó a la calle Sagasta.

La vivienda de los Sainz de los Terreros resultaba relativamente segura gracias a la complicidad de los vecinos, en particular a la familia Legarda, del primer piso, y a la familia Leyva, del tercero⁸⁸; se daba además la circunstancia de que las Leyva acogían a dos refugiados, Pedro María Rivas y Jesús Baeza, conocidos por su filiación a partidos de derechas. En cambio, el portero no era de confianza, y tampoco sus hijos, que pasaban largos ratos con los milicianos en un bar —La Mezquita—, situado al otro lado de la calle. Por este motivo, tanto el Padre como Juan entraron en la casa de Manolo cuando la portería estaba vacía.

Una vez instalados, organizaron el tiempo mejor de lo que había sido posible en la calle Doctor Cárceles. José María Escrivá estableció un horario que facilitaba el trato con Dios, el orden y la serenidad. Hacían un rato de oración después del desayuno; estaban por la tarde con los otros dos escondidos, periodo en el que recitaban dos rosarios; luego, cenaban los cinco; y, de nuevo, el Padre, Juan y Manolo hacían la oración, rezaban otro rosario y fregaban la vajilla utilizada.

Durante el día, Escrivá procuró aprovechar con la lectura las largas horas libres. Por su parte, Jiménez Vargas dedicó algunos

Residencia DYA. Casi todos los residentes eran católicos alemanes que estudiaban en España. González Barredo había vivido algunos meses allí (cf. *Diario de Ferraz*, 30-VI-1935, pp. 44-45).

⁸⁸ Mercedes Herrero, condesa de Leyva, vivía con cinco hijas; su marido había sido detenido días antes (cf. Recuerdo de Mercedes Conde-Luque y Herrero, Madrid, 15-VIII-1975, en AGP, serie A.5, 206-1-1). En la casa de los Legarda residían entonces tres hermanas y un hermano, apellidados Fernández de Navarrete Rada, hijas del marqués de Legarda, que acababa de fallecer. En algunos documentos, el piso de los Sainz de los Terreros aparece en el tercer piso porque, probablemente, se cuenta el bajo de la casa como si fuera el piso primero.

ratos al estudio de la psiquiatría y al francés. Además, preparó notas con comentarios del Evangelio para que estuviesen listas al inicio del nuevo curso académico. Estas tareas agradaban a Jiménez Vargas, ya que, según razonaba, «la espantosa inactividad de los días anteriores era para probar la fe. Sin poder ver a ninguno de los nuestros ni ir a ningún sitio, ni manejar papeles de la O. [Obra]. Sin hacer nada útil. Ni siquiera se puede decir que fuese vida contemplativa: Era la vida más inútil y había que ofrecerla a Dios»⁸⁹.

Sainz de los Terreros y Jiménez Vargas dijeron a Escrivá que, por motivos de seguridad, le tutearían cuando Rivas y Baeza pasaran al apartamento para acompañarles un rato, de modo que no supieran que era sacerdote. Pero ocurrió que, si bien el tuteo fue tarea sencilla para Manolo, en cambio resultó imposible para Juan. El Padre tampoco consiguió cambiar de registro, pues, en presencia de los dos vecinos escondidos, «se le escapó “hijo mío” dos o tres veces»⁹⁰, de modo que estos preguntaron a Manolo si era sacerdote. Otro día, uno de los jóvenes preguntó a Escrivá «si ya está casado y el V. [Padre] siguió la broma diciendo que tiene 2 hijos en Valencia»⁹¹.

De la calle llegaban noticias bastante alarmantes y muy confusas. Su único contacto con el exterior era Manolo Sainz de los Terreros, que salía a trabajar, hacía algunas compras y recogía las cartas que llegaban a Ferraz 50. Todos los días escuchaban la radio, tratando de adivinar cuáles eran las informaciones verdaderas. En ese tiempo, Madrid estaba atravesando una etapa de terror intenso⁹². La jornada del día 12 de agosto resultó aciaga. Algunos milicianos inmovilizaron en Vallecas un tren que transportaba a personas arrestadas en Jaén. A ciento noventa

⁸⁹ Notas de Juan Jiménez Vargas del 29-VII al 29-VIII-1936, en AGP, serie A.2, 8-1-2.

⁹⁰ *Ibidem*.

⁹¹ *Ibidem*.

⁹² Sobre el ambiente de terror y los interrogatorios en los tribunales revolucionarios, cf. Teodoro CUESTA, *De la muerte a la vida. Veinte meses de una vida insignificante en el infierno rojo*, Aldecoa, Burgos 1939, 2.^a ed.

y tres detenidos —entre ellos, el obispo de la diócesis, Manuel Basulto— los fusilaron⁹³.

Diez días más tarde, un grupo del Comité Provincial de Investigación Pública registró la Cárcel Modelo de Madrid en busca de armas. De repente, se desató un incendio. En medio de la confusión —que facilitó la fuga de algunos presos comunes— los milicianos mataron a tres prisioneros políticos en un patio de la cárcel. Por la noche, y dentro del recinto penal, un tribunal revolucionario juzgó de modo sumarísimo a algunos líderes políticos y militares. Al menos a veinticuatro hombres los fusilaron en los sótanos de la Modelo. Entre otros, personas muy conocidas, como el político Melquíades Álvarez, el falangista Julio Ruiz de Alda y Fernando Primo de Rivera, hermano de José Antonio. Después de estos sucesos, los milicianos sustituyeron a los funcionarios en el control de las prisiones de Madrid, circunstancia que fue en detrimento del trato dispensado a los reclusos⁹⁴.

Cuando tenía noticia de los desmanes que se producían, José María Escrivá rezaba sin hacer demasiados comentarios, como era su costumbre. En contadas ocasiones se manifestó contra el marxismo y las ideologías que cercenaban la libertad religiosa y social. Más frecuentes eran sus expresiones de pena por los crímenes, profanaciones y destrozos de la guerra⁹⁵.

Su principal sufrimiento era la suerte que corrían sus hijos espirituales. Le preocupaba que, a causa del poco tiempo que llevaban en la Obra, el compromiso vocacional se viniese abajo. Y todavía le inquietaba más la represión, que podía acarrear el asesinato de alguno⁹⁶. Desasosegado por la falta de noticias,

⁹³ Cf. Julius RUIZ, *El Terror Rojo. Madrid 1936*, o. c., pp. 182-185; y Santiago MATA, *El tren de la muerte*, La Esfera de los libros, Madrid 2011.

⁹⁴ Cf. Julius RUIZ, *Paracuellos. Una verdad incómoda*, Espasa, Barcelona 2015, pp. 164-166; IDEM, *El Terror Rojo. Madrid 1936*, o. c., pp. 187-198; y César ALCALÁ, *Las checas del terror. La desmemoria histórica al descubierto*, Libroslibres, Madrid 2007, pp. 245-250.

⁹⁵ Cf. Notas de Juan Jiménez Vargas del 29-VII al 29-VIII-1936, en AGP, serie A.2, 8-1-2.

⁹⁶ Cf. Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 22-II-1985, en AGP, serie A.5, 221-1-3.

durante el día los nombraba con frecuencia, uno a uno. Para Jiménez Vargas, «el V. [Padre] se preocupa cada momento de cada uno de nosotros como no se preocuparían todas nuestras madres juntas. Decía él que la O. [Obra] no podía dejar de participar de la persecución de la Iglesia. Tiene razón porque, además, como prueba de predilección divina, el sufrimiento de la O. tenía que pasar oculto. Lo que ha sufrido el V. estos días ninguno puede imaginarlo. Hay que haber estado a su lado para darse cuenta»⁹⁷. Un modo de orar fue el ofrecimiento a Dios de alguna privación de alimento en las comidas.

Aunque aparecieron con cuentagotas, las cartas que llegaron —hubo misivas de Ricardo Fernández Vallespín, Paco Botella y Pedro Casciaro— se recibieron con alborozo. A Fernández Vallespín, que preguntaba si convenía que regresara a Madrid, le dijeron que de momento era más seguro que permaneciese en Valencia. En cambio, nada se sabía de Rafael Calvo o de Miguel Fisac; y menos aún de los que estaban diseminados por la zona nacional⁹⁸.

El contacto con algunos que estaban en Madrid fue sencillo, pues Manolo Sainz de los Terreros podía llamarles por teléfono desde la oficina —sabemos que telefoneó a José María González Barredo y a Álvaro Portillo— y, después, informaba a don José María. Según Jiménez Vargas, al pensar en sus hijos en la Obra, el fundador «está convencido de que no pasará nada. La Señora no puede olvidar que hasta por la calle rezamos el rosario»⁹⁹. Por entonces, el joven médico buscaba un refugio más estable, ya que los registros se multiplicaban en Madrid.

El 16 de agosto le contaron a don José María que a su amigo Pedro Poveda lo habían asesinado tres semanas antes. Escrivá

⁹⁷ Notas de Juan Jiménez Vargas del 29-VII al 29-VIII-1936, en AGP, serie A.2, 8-1-2.

⁹⁸ El 15 de agosto, enviaron unas líneas a Fisac. Le decían que estaban bien y le pedían que contestara (cf. Carta de José María Escrivá, Manuel Sainz de los Terreros y Juan Jiménez Vargas a Miguel Fisac, Madrid, 15-VIII-1936, en AGP, serie A.3.4, 253-4, 360815-1).

⁹⁹ Notas de Juan Jiménez Vargas del 29-VII al 29-VIII-1936 (anotación del 17-VIII), en AGP, serie A.2, 8-1-2. La “Señora”: la Virgen María.

pasó «uno de los días peores de su vida»¹⁰⁰. En cambio, veinticuatro horas más tarde comentó que tenía una gran paz, y que acudía a Poveda como intercesor suyo en el Cielo. También el domingo 16, Manolo supo por la madre de Lino Veá-Murguía –uno de los sacerdotes que se había formado en el espíritu de la Obra en los años anteriores– que su hijo había sido detenido por milicias de la CNT. Durante unos días, no se supo de su paradero, cosa que les hizo temer que don Lino había sido asesinado, como poco después se comprobó¹⁰¹.

Desde que llegaron al apartamento de Manolo, don José María y Juan se movieron con grandes precauciones, tratando de que no se les viese desde el exterior, ya que los milicianos «obligaban a tener abiertas todas las ventanas que daban a la calle y las luces encendidas, para vigilar desde fuera y comprobar que no había nadie en las casas que pudiese disparar»¹⁰². Establecieron un protocolo de seguridad por si se sentían obligados a escapar. Cada vez que llamaban al timbre de la casa, Escrivá echaba mano de la chaqueta –dentro de la cual estaba la llave de una buhardilla– y acudía a la puerta de servicio, mientras Jiménez Vargas se quedaba rezagado en el pasillo para saber quién era el que llamaba. En ese momento, la criada Martina abría la puerta principal y, en el caso de que hubiese milicianos, alzaba la voz. Esa era la contraseña que indicaba a los dos refugiados que tenían que salir por la puerta que daba a la escalera de servicio y subir a la buhardilla para esconderse.

El problema fue que, entre los vecinos y las visitas del portero, llamaban a la puerta varias veces, todos los días, por lo

¹⁰⁰ *Ibidem*. José María Escrivá consideró que Pedro Poveda era un mártir. Durante la guerra, acudió a su intercesión en numerosas ocasiones. Por ejemplo, en mayo de 1937 hizo un triduo de oraciones a Dios a través de Poveda para pedir por «la resolución de los problemas palpitantes» que les acuciaban (Carta de José María Escrivá a los miembros de la Obra en Madrid, Madrid, 7-VI-1937, en AGP, serie A.3.4, 254-2, 370607-1).

¹⁰¹ Cf. Jaume AURELL - José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, “Josemaría Escrivá en los años treinta: Los sacerdotes amigos”, *Studia et Documenta* 3 (2009) 64.

¹⁰² Recuerdo de Mercedes Conde-Luque y Herrero, Madrid, 15-VIII-1975, en AGP, serie A.5, 206-1-1.

que no dejaban de correr a la escalera de servicio. Como decía Jiménez Vargas, «llaman al timbre y parece que suena en el mismísimo encéfalo»¹⁰³. El fundador le animó a ofrecer a Dios esos momentos por los nuevos jóvenes que podían llegar a la Obra y por la conversión del padre de Pedro Casciaro, ya que era conocido que no practicaba la fe: «Estos días ofrecíamos todas las cosas cada día por uno de los más pescables. Hoy lo hacíamos por dos residentes nuevos [de los] que nos hablaron pero [que] no conocemos. Deben ser peces gordos porque hoy ha sido un día de los buenos, con una dosis de timbrazos. En la oración de la tarde ofrecimos las cosas de manera que el P. [padre] de Pedro confiese»¹⁰⁴.

El 26 de agosto, una mujer del Socorro Rojo —organización comunista que atendía la sanidad militar republicana— llamó a la puerta insistentemente, por lo que Escrivá y Jiménez Vargas corrieron de nuevo hacia la escalera de servicio, hasta que se fue aquella mujer. Por la noche, pasaron «unas horas fatales de mucha intranquilidad porque los hijos del portero subieron con unos milicianos a su casa, y se pasaron [en] plan de gran escándalo hasta las cuatro o las cinco de la mañana»¹⁰⁵.

El 28 por la mañana les despertó la explosión de unas bombas¹⁰⁶. Se trataba del primer ataque aéreo de entidad sobre la capital, que duró unos minutos. Durante la jornada, Manolo apareció acompañado por su primo Juan Manuel Sainz de los Terreros que había abandonado la casa paterna por falta de

¹⁰³ Notas de Juan Jiménez Vargas del 29-VII al 29-VIII-1936, en AGP, serie A.2, 8-1-2.

¹⁰⁴ *Ibidem*. La oración de José María Escrivá por la vuelta a la práctica cristiana del padre de Pedro —que se llamaba Pedro Casciaro Parodi— se prolongó durante años. Al acabar la guerra civil, este señor estuvo unos años exiliado en Orán. Cuando, volvió a España en 1947, regresó a la práctica religiosa, que mantuvo hasta su muerte, acaecida once años más tarde. Cf. Pedro CASCIARO, *Sonad y os quedaréis cortos*, o. c., pp. 129, 214-215.

¹⁰⁵ Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 22-II-1985, en AGP, serie A.5, 221-1-3; cf. Diario de Manuel Sainz de los Terreros, 26-VIII-1936. Los milicianos “subieron” a la portería desde la calle.

¹⁰⁶ Cf. Notas de Juan Jiménez Vargas del 29-VII al 29-VIII-1936 (anotación del 28-VIII), en AGP, serie A.2, 8-1-2.

seguridad¹⁰⁷. Como Juan Manuel era también pariente político de José María Isasa, el Padre se interesó enseguida por ese hijo suyo. Juan Manuel comentó que no habían recibido noticias desde hacía tiempo.

En esos días de finales de agosto, Juan llegó a la conclusión de que, si hasta el momento habían hecho lo posible por esconder al Padre, ahora tocaba hacer lo imposible. Además de que la sensación de inseguridad crecía, era evidente que la guerra no iba a conocer un desenlace rápido¹⁰⁸. Entonces, consideró como opción firme el refugio en una sede diplomática: «El P. [Padre] dice que el Señor nos guardará porque nos queda mucho por hacer. Ha pensado volver a casa de su madre, pero no le dejamos. Mucha confianza en el Señor pero hay que poner todos los medios. Y me parece que no los hemos puesto. Por eso trataremos de buscar una embajada extranjera o un consulado»¹⁰⁹. Discutió esta resolución con Sainz de los Terreros, que se encontraba pesimista sobre el éxito de una operación semejante. Albareda y González Barredo, en cambio, se comprometieron a buscar otro lugar.

Amaneció el domingo 30 de agosto. A las nueve de la mañana, llamó a la entrada una vecina, por lo que el Padre y Juan Manuel se dirigieron a la puerta de servicio. Juan, sin embargo, se retrasó; y, como se dio cuenta de que no eran milicianos los que interrumpían, se quedó en el apartamento. Cuando se fue la vecina, avisaron a los dos que habían salido. Al ver a Juan, el Padre mostró su disgusto porque había pensado que lo habían

¹⁰⁷ Juan Manuel Sainz de los Terreros Ranero había nacido en 1907. Estaba casado con María Teresa Isasa Adaro. Fue secretario del Tribunal Central de Trabajo. Falleció el 16 de abril de 1995. Agradecemos esta información al Dr. Constantino Ánchel.

¹⁰⁸ Según Jiménez Vargas, Escrivá le ayudó a comprender «que la situación no estaba clara, y que aunque pensáramos que estaba a punto de terminar, había que tener previsión a un plazo más largo de lo que nos figurábamos» (Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 22-II-1985, en AGP, serie A.5, 221-1-3).

¹⁰⁹ Notas de Juan Jiménez Vargas del 29-VII al 29-VIII-1936 (anotación del 29-VIII), en AGP, serie A.2, 8-1-2.

detenido y «muy enérgicamente me advirtió que había que atenerse a lo que teníamos planeado»¹¹⁰.

Esa falsa alarma no podía haber sido más providencial. Hacia la una de la tarde, unos milicianos llamaron a la puerta preguntando por Manuel Sainz de los Terreros. Abrió Martina, la criada, que comenzó a dar grandes voces diciendo que era sorda. Enseguida, don José María, Juan y Juan Manuel –Manolo estaba almorzando fuera del piso– corrieron sin hacer ruido a la puerta de servicio. Cuando la cerraron, todavía se oían las voces que llegaban desde el acceso principal. Pasaron los milicianos a la casa y «se sorprendieron de encontrar tantas camas hechas y hostigaron a la empleada para que les explicara el porqué. Ella les dijo que los señores se habían ido hacía pocos días y no había tenido tiempo de deshacerlas»¹¹¹.

En ese momento, los tres fugitivos subieron por la escalera de servicio y se encerraron en la buhardilla, que les recibió con un calor achicharrante y con el suelo cubierto de polvo. Se sentaron en el pavimento porque el cuarto, de catorce metros cuadrados, tenía el techo bajo e inclinado. Inmóviles, trataron de adivinar lo que sucedía fuera. Al cabo de algunos minutos, oyeron el ajetreo de los milicianos que subían por la escalera, y los ruidos del registro que hicieron en una habitación situada exactamente debajo de la buhardilla. La tensión se disparó. Juan Manuel lloraba con el pensamiento de su mujer y de sus hijos. Don José María dijo que era sacerdote y se ofreció a impartir la absolución sacramental, a lo que accedieron los dos. Pasaron unos minutos angustiosos en los que escuchaban, en silencio, los ruidos provenientes del registro. Entonces Juan «preguntó al Padre: “Y si nos matan, ¿qué pasará?”. –“Pues que nos vamos al Cielo”, contestó don José María»¹¹². Una hora más tarde, la

¹¹⁰ Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 22-II-1985, en AGP, serie A.5, 221-1-3.

¹¹¹ Recuerdo de Mercedes Conde-Luque y Herrero, Madrid, 15-VIII-1975, en AGP, serie A.5, 206-1-1.

¹¹² Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 22-II-1985, en AGP, serie A.5, 221-1-3. Años más tarde, Juan Manuel Sainz de los Terreros pensaba que

patrulla de milicianos había dejado el apartamento de abajo. Juan, que estaba seguro de que al fundador no le iba a pasar nada, se durmió un rato.

Mientras tanto, la familia Leyva había telefoneado a Manolo Sainz de los Terreros, que almorzaba con unos tíos, y le había dicho que no volviera a su casa. Manolo pensó en el peligro que corrían el Padre, Juan y Juan Manuel y regresó inmediatamente. Al abrir la puerta de su apartamento, «lo primero que le puso los pelos de punta fue ver tres gorros de miliciano en el perchero. Pero no intentó escapar porque solo le preocupaba saber lo que había sido de nosotros. Además ya no podía huir, porque los milicianos le habían visto, y, aparentando serenidad, entró. Dos hombres y una mujer estaban registrando todo. Al verle, dijeron que quedaba detenido sin más explicaciones y se lo llevaron a la Dirección General de Seguridad»¹¹³, en la Puerta del Sol.

A las ocho de la noche, los tres de la buhardilla dejaron de percibir ruidos en la escalera. Esperaron un rato más y luego bajaron al apartamento de las Leyva, que se asombraron al verles, ya que desconocían que estuviesen en casa de los Sainz de los Terreros. Su aspecto dejaba que desear pues, entre la suciedad de la buhardilla y el sudor provocado por las altas temperaturas, estaban manchados y deshidratados. Les ofrecieron un poco de agua y unas camisetas limpias; luego, les lavaron las que traían puestas. Sin tener donde acudir —los milicianos habían cerrado con llave el apartamento de la familia Sainz de los Terreros—, pasaron una jornada en ese piso. Las Leyva supieron entonces que la comida que habían entregado a Manolo durante las semanas anteriores había servido para alimentar a tres hombres.

Al día siguiente volvieron los milicianos para registrar el piso contiguo al de la familia Leyva y llamaron varias veces a la puerta de su casa para pedirles algunos objetos, como una

los milicianos habían registrado la buhardilla contigua a la suya (cf. Recuerdo, Madrid, 11-X-1975, en AGP, serie A.5, 243-3-3).

¹¹³ Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 22-II-1985, en AGP, serie A.5, 221-1-3.

escalera. Durante la jornada, y ante la angustia que sentían, la condesa de Leyva propuso recitar el rosario, a lo que Escrivá dijo: «“Lo llevaré yo, que soy sacerdote”. Se arrodillaron todos en el suelo y rezaron»¹¹⁴.

En esa misma jornada, las dos chicas del servicio de la condesa de Leyva avisaron a José María González Barredo de lo que pasaba. El joven profesor se movió con rapidez para encontrar otro refugio. Los Herrero Fontana –que vivían en la Plaza de Herradores 4, piso primero– se mostraron disponibles.

A primeras horas del 1 de septiembre, y con la ayuda de las dos familias amigas, los Legarda y las Leyva, Escrivá y Jiménez Vargas se despidieron del primo de Manolo y salieron de Sagasta por la escalera de servicio sin que los viese el portero¹¹⁵. Don José María pasó por el peluquero, quien, después de cortarle el pelo al rape y de arreglarle el bigote, «soltó esta sentencia halagadora: “¡Vaya, no va a conocerle su señora!”»¹¹⁶. Desde allí fue al apartamento de los Herrero Fontana, ocupado en ese momento por Joaquín –un médico conocido desde hacía tres años que tenía un hermano en la Obra, José Ramón–, su madre, su abuela y una hermana. Al abrir la puerta, Joaquín advirtió lo cambiado que estaba el fundador, «con el pelo al rape, un traje oscuro, de paisano, camisa blanca sin corbata y un jersey gris»¹¹⁷.

Por su parte, Juan Jiménez Vargas regresó a casa de sus padres, en la calle San Bernardo 33. Aunque no era un lugar muy seguro –habían soportado varios registros– no tenía mejor sitio a donde ir. Mientras caminaba por la calle, Jiménez Vargas consideró los acontecimientos vividos. Pensaba que los Ángeles

¹¹⁴ Recuerdo de Mercedes Conde-Luque y Herrero, Madrid, 15-VIII-1975, en AGP, serie A.5, 206-1-1.

¹¹⁵ Según parece, José María Escrivá durmió la segunda noche en casa de la familia Legarda (cf. “Nota para perfilar el relato de Juan Jiménez Vargas sobre la salida del Padre de Sagasta”, en AGP, pendiente de catalogación).

¹¹⁶ Carta de José María Escrivá a los miembros de la Obra en Valencia, Madrid, 5-V-1937, en AGP, serie A.3.4, 254-1, 370505-1.

¹¹⁷ Recuerdo de Joaquín Herrero Fontana, Madrid, II [sic]-1975, en AGP, serie A.5, 219-3-3.

Custodios protegían de modo especial al fundador de la Obra, por lo que se dijo: «Así, ni milicianos ni nada»¹¹⁸.

Pero, de momento, las circunstancias se iban a complicar. La misma noche en que llegó a su casa, a Juan Jiménez Vargas le sorprendió una redada nocturna, como recordaría: «Los de la policía, después de haber controlado los nombres de todos los demás que figuraban como vecinos de aquel piso, entraron en mi cuarto y me despertaron. Sin levantarme, les enseñé el carnet del Colegio de Médicos. Comprobaron el nombre y el domicilio y, sin decir ni media palabra, se fueron»¹¹⁹. También las casas de la Plaza de Herradores fueron registradas esa noche, con la fortuna de que el portero del edificio de los Herrero Fontana no escuchó que llamaban a su portal, a pesar del bullicio que había fuera.

Escrivá permaneció una semana sin salir prácticamente de la habitación que le habían dado, la de José Ramón. Pero, como el piso de los Herrero Fontana no reunía garantías de seguridad porque había registros frecuentes en la zona, Jiménez Vargas buscó otro escondite. El 8 de septiembre, recogió a don José María y caminó con él hasta el domicilio de Miguel Bañón; al llegar, la madre de Miguel no les permitió quedarse por el riesgo que corrían si alojaban a un presbítero. Entonces, pensaron ir a casa de los padres de Vicente Rodríguez Casado, pero desistieron porque allí habían hecho muchos registros¹²⁰. También se les ocurrió alojarse en la de Isidoro Zorzano, pero este no pudo convencer a su madre para que acogiera a un sacerdote. Finalmente, lograron que la familia González Barredo admitiese a don José María un par de días¹²¹.

¹¹⁸ Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 22-II-1985, en AGP, serie A.5, 221-1-3.

¹¹⁹ *Ibidem*.

¹²⁰ La familia sufrió treinta y dos registros durante la guerra civil. El padre de Vicente, que era teniente coronel con destino en el Estado Mayor Central, fue recluido durante algunos días del mes de agosto en la Cárcel Modelo. Cf. Luis MARTÍNEZ FERRER, "Vicente Rodríguez Casado: Niñez, juventud y primeros años (1918-1940)", o. c., pp. 200, 226-228.

¹²¹ No tenemos fuentes suficientes para conocer el paradero exacto del fundador de la Obra en los tres días que siguen al 8 de septiembre, por lo que su

Entre la tensión acumulada y el trajín de esas jornadas, en las que iba de un lugar a otro, el fundador acabó agotado. Se entendía que algunos familiares tuviesen miedo de amparar a un sacerdote; al mismo tiempo –según Jiménez Vargas–, «el Padre, cada vez que se encontraba sin saber dónde ir, es natural que se sintiera abandonado. Era algo muy duro, porque no era solo sensación de abandono físico»¹²².

El chalet de la calle Serrano y la casa de los Sellés

Por entonces, otro miembro de la Obra se había escondido en un refugio de fortuna. El 13 de agosto, los milicianos entraron, desenfundando la pistola, en el piso de la familia Portillo; buscaban a un capitán del Ejército, Cristino Bermúdez de Castro, que residía en el mismo edificio. En la casa de los Portillo vivían la madre y cinco hijos. Cuando los milicianos llegaron a la habitación de Álvaro, este se metió algo en la boca –tal vez era una lista de personas–, por lo que le gritaron: “¿Y tú qué estás mascando?”, a lo que Álvaro respondió con tal aplomo que los calló: “Un papel”. Como no encontraron al militar, los milicianos se quedaron a la espera. Cuando llegó, le detuvieron junto con el padre de Álvaro, Ramón Portillo¹²³.

Como el apartamento había quedado señalado, Álvaro optó por abandonarlo, mientras su madre –que tenía nacionalidad

llegada a la casa de la familia González Barredo pudo ser tanto el 8 como el 9 o el 10. En todo caso, hasta que pudo alojarse en esa vivienda, Escrivá deambuló por las calles de Madrid, sin protección alguna.

¹²² Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 22-II-1985, en AGP, serie A.5, 221-1-3. Meses más tarde, el fundador recordaba que se vio «algunos días, sin saber dónde dormir, ocultándome igual que un criminal, y poniendo en compromiso a mis amigos que no se atreverán –así me ha sucedido– a tenerme en su casa veinticuatro horas» (Carta de José María Escrivá a Isidoro Zorzano, Madrid, 31-III-1937, en AGP, serie A.3.4, 253-5, 370331-1).

¹²³ Cf. Javier MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo...*, p. 111. No conocemos el motivo de la detención de Ramón Portillo. Tal vez se debió a que los milicianos habían visto –destrozándolas a continuación– algunas imágenes religiosas en su casa.

mexicana— y sus hermanos se refugiaban en una casa que estaba bajo la protección de la embajada de México. Álvaro fue a un chalet, situado en la calle Serrano 39, propiedad de una familia con vínculos argentinos, amiga de sus padres. Cuando llegó, tuvo la alegría de abrazar a su hermano José María, que llevaba algún tiempo escondido allí¹²⁴.

Tres semanas más tarde, en torno al 10 de septiembre, Álvaro salió una mañana y acudió a las oficinas de la Confederación Hidrográfica del Tajo, donde había trabajado hasta el estallido de la guerra. Confirmó que seguía en nómina en el Ministerio de Obras Públicas y recibió los sueldos atrasados. De regreso a la calle Serrano, se detuvo en el bar La Mezquita, en la calle Sagasta. Sentado en un velador de la acera, pidió un refresco. De repente, un viandante se paró ante él. Era «Álvaro González Valdés, el padre de José María González Barredo, que le dijo: —¡Gracias a Dios que le encuentro! ¿Sabe quién está en mi casa? ¡El Padre! Me ha pedido que le dejase descansar un momento, porque no puede más, no se tiene en pie. Pero resulta que el portero no es de confianza y, si se ha dado cuenta, estamos todos en peligro. —Pues que se venga conmigo, dijo Álvaro»¹²⁵. En efecto, Portillo subió a casa de los González Barredo, habló con Escrivá y salieron —probablemente cada uno por su cuenta—, para encontrarse de nuevo en el chalet de la calle Serrano. Don José María llegó a la vivienda con la cara demudada. Nada más saludar a Álvaro, se echó a llorar. Contó que había recibido confirmación del asesinato de Lino Veá-Murguía, y algunos detalles de la muerte de Pedro Poveda¹²⁶. Poco después, llegó Juan Jiménez Vargas para acompañarles.

¹²⁴ Se trataba de un hotelito o chalet, todavía en pie, al que se accedía por un callejón situado entre los números 37 y 41 de la calle Serrano. Un piso de esa vivienda era propiedad de Manuel Palacio Velasco, que había residido en Argentina (cf. *Guía-Directorio de Madrid y su Provincia*, Anuarios Bailly-Baillièrre y Riera Reunidos, Madrid 1936, p. 405).

¹²⁵ Javier MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo...*, p. 113; cf. Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, II, o. c., p. 36.

¹²⁶ Nos parece que este relato hay que situarlo aquí, y no en el 1 de octubre (cf., por ejemplo, Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, II, o. c., pp. 37-38);

La familia propietaria del hotelito de la calle Serrano había colocado en el balcón de la casa un papel con la bandera argentina, como si se tratase de un espacio protegido. Hasta ese momento, la estratagema había surtido efecto. Además, el chalet estaba adosado a un edificio de la Dirección General de Seguridad, de modo que parecía formar parte del mismo recinto. Nada hacía sospechar que hubiese personas ocultas en su interior, tan cerca del centro policial. Por este motivo, los cuatro refugiados —Escrivá, Jiménez Vargas y los hermanos Portillo— pasaron veinte días en relativa paz. Trataron de moverse de forma que no se les viera; ellos, en cambio, percibían con nitidez las conversaciones de los milicianos cuando tenían las ventanas abiertas. Su único contacto con la calle les llegaba a través de una cocinera mayor, que «toreaba de vez en cuando a los milicianos, con una manera de hablar muy desgarrada»¹²⁷, y a Selesio, el chófer del dueño de la casa, que pasaba por allí de vez en cuando.

Sin poder celebrar Misa, el fundador recitó la “Misa seca” con piedad y mantuvo viva su oración por cada uno de sus hijos espirituales. Además —recordaba Álvaro Portillo años más tarde—, «dirigía la meditación y nos ayudaba a tener el día muy ocupado. Como no podíamos leer o estudiar, pues carecíamos de libros, inventaba cosas para distraernos y ocupar el tiempo en los ratos libres, que eran muy pocos. Por ejemplo, nos enseñó a jugar al tresillo. Fue muy aleccionador. Ni mi hermano, ni Juan, ni yo conocíamos las reglas. El Padre lo había aprendido del Abuelo. Nos enseñó ese juego, pero nos hacía trampas descaradas»¹²⁸; de este modo, les hacía pasar un rato divertido.

El 1 de octubre —víspera del octavo aniversario de la fundación de la Obra— le preguntó a Álvaro: «¿Qué caricia nos tendrá

como veremos, ese día vivieron en estado de alarma porque necesitaban un nuevo escondite con urgencia.

¹²⁷ Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 22-II-1985, en AGP, serie A.5, 221-1-3.

¹²⁸ Javier MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo...*, o. c., p. 114. “Abuelo”: el padre del fundador del Opus Dei.

reservada el Señor?»¹²⁹. La respuesta no se hizo esperar. Ramón Portillo, hermano de Álvaro, llegó con noticias alarmantes. Los milicianos «habían registrado el domicilio de los propietarios del chalet donde se encontraban y [habían] asesinado a seis personas de esa familia, entre ellos un sacerdote. Ahora venían rastreando los domicilios de parientes y conocidos. Era preciso abandonar ese refugio»¹³⁰. José María Escrivá dio la absolución a los presentes. Entonces, sintió temor ante el riesgo, real e inminente, de ser capturados y ejecutados. A pesar de que le alegrara el pensamiento de que irían al Cielo si los mataban, estuvo un rato con un buen temblor de piernas.

Esa tarde, Jiménez Vargas fue a casa de sus padres. Por su parte, José María Escrivá se encontró en la calle con José María González Barredo. Barredo le entregó la llave de un piso que, según sus informaciones, era completamente seguro. El sacerdote preguntó si vivían otras personas en el apartamento. José María respondió que estaría solo, atendido por una criada de veintidós o veintitrés años. El fundador reaccionó con energía. Tiró la llave por la boca de una alcantarilla y le puntualizó a José María que tenía un compromiso de celibato con Dios y que, por esa razón, no podía aceptar su ayuda: «¿No te das cuenta de que soy sacerdote y de que, con la guerra y la persecución, está todo el mundo con los nervios rotos? No puedo ni quiero quedarme encerrado con una mujer joven, día y noche»¹³¹. Y regresó al piso de Serrano¹³².

¹²⁹ Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, II, o. c., p. 37.

¹³⁰ *Ibidem*. Los registros y ajusticiamientos seguían a la orden del día en Madrid. Esa jornada fueron detenidos y asesinados tres religiosos, un postulante y un fámulo salesianos que estaban refugiados en una pensión de la calle Puebla (cf. Antonio MONTERO MORENO, *Historia de la persecución religiosa...*, o. c., p. 108).

¹³¹ Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, II, o. c., p. 38.

¹³² Este suceso también se pudo producir entre el 8 y el 10 de septiembre, cuando el fundador quizá deambuló sin refugio por la ciudad. Además, parece extraño que Escrivá regresara el 1 de octubre a la casa de la calle Serrano sabiendo que iba a ser registrada. Por otra parte, años más tarde, González Barredo no recordaba haber asistido a la anécdota de la llave; si es así, tal vez el protagonista del suceso fue otro José María, Albareda, que colaboraba en la localización de escondites (cf. Diario de Manuel Sainz de los Terreros, 29-VIII-1936).

Al día siguiente, 2 de octubre, Escrivá y Portillo se presentaron a las ocho de la mañana en San Bernardo 33. Pero como el lugar no ofrecía seguridad alguna, salieron de nuevo a la calle después de despedirse de Juan Jiménez Vargas. Según el recuerdo de Portillo, llevaban como único equipaje un pijama enrollado alrededor de la cintura, debajo de la camisa, y un cepillo de dientes¹³³.

Escrivá pasó una noche en el piso de los Herrero Fontana, acompañado probablemente por Álvaro Portillo. No pudieron estar más tiempo porque a la abuela —que supo que tenían un sacerdote con ellos— «le entró un pánico paroxístico y no hacía más que decir: “¡Un cura en casa! Nos matarán a todos”. Joaquín, su madre y su hermana, se enfrentaron con la abuela con toda decisión, pero ella se oponía con tal violencia que al fin tuvieron que ceder»¹³⁴. Así, Álvaro Portillo por un lado y don José María Escrivá por otro dejaron la vivienda a la mañana siguiente. Mientras bajaba la calle de las Fuentes, Escrivá —que iba acompañado por Joaquín Herrero— vio a un grupo de milicianos que cerraban el cruce con la calle Arenal. Según Jiménez Vargas, «a Joaquín le entró miedo, lo mismo que me había pasado a mí otras veces, porque el Padre andaba sin sotana desde hacía poco tiempo, y nos parecía —quizá exagerábamos— que era probable que se le notara»¹³⁵. Como los milicianos veían a la gente que bajaba por la calle, podían delatarse si mostraban vacilación al caminar, por lo que siguieron adelante con determinación. Afortunadamente, no les pidieron los papeles cuando pasaron. Escrivá y Herrero recogieron a Jiménez Vargas en su casa y, media hora más tarde, los tres llegaron al apartamento de los González Barredo.

Volvió el fundador de la Obra a la calle Caracas y, de nuevo, se planteaba la necesidad de encontrar un refugio que garantizase un mínimo de estabilidad. Entonces, retomaron la idea de

¹³³ Cf. Javier MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo...*, pp. 114-116.

¹³⁴ Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 22-II-1985, en AGP, serie A.5, 221-1-3.

¹³⁵ *Ibidem*.

buscar una solución por vía diplomática. Concretamente, una hija de la familia Leyva trató de que Escrivá fuese acogido en la embajada de Cuba, pero allí le contestaron que «ya no admitían a nadie porque habían detenido a varios»¹³⁶.

Ese día —3 de octubre—, sentados en la acera de la glorieta de Cuatro Caminos, don José María Escrivá, Álvaro Portillo y José María González Barredo se veían cansados y sin soluciones. De repente, González Barredo tuvo una idea. Podían solicitar ayuda a Eugenio Sellés¹³⁷, un farmacéutico que formaba parte de la Sociedad de Colaboración Intelectual¹³⁸.

Enseguida, González Barredo y Jiménez Vargas acudieron a la Facultad de Farmacia. Eugenio Sellés se mostró disponible después de consultar el plan con su mujer. Les ofreció, como solución inmediata y provisional, un chalet situado en una zona tranquila del norte de la ciudad, en la calle Maestro Chapí 11, en la Colonia Albéniz. Esa misma tarde, Álvaro Portillo, José María González Barredo y José María Escrivá fueron, en tranvía y luego campo a través, hasta la casa del matrimonio Sellés. Luego, González Barredo regresó a su casa y Portillo permaneció con el fundador.

Don José María y Álvaro pasaron cuatro días con los Sellés, sin salir apenas de las habitaciones que les habían asignado. A Eugenio —que se había sorprendido al ver al Padre delgado y con bigote— le llamó la atención la confianza del sacerdote en Dios, manifestada en la impresión de paz y en el buen humor que derrochaba durante las tertulias que seguían al almuerzo y

¹³⁶ Recuerdo de Mercedes Conde-Luque y Herrero, Madrid, 15-VIII-1975, en AGP, serie A.5, 206-1-1.

¹³⁷ Eugenio Sellés Martí nació en Valencia, en 1904. Conoció a José María Escrivá en la Residencia DYA. En 1936, además de trabajar en la Facultad de Farmacia, era propietario de una botica en la capital. Después de la guerra civil, fue catedrático de Galénica en la Universidad Complutense de Madrid y miembro de distintas academias. Falleció en 1997.

¹³⁸ La Sociedad de Colaboración Intelectual era una asociación con reconocimiento civil que impulsaba la ciencia y la cultura entre los licenciados. Formaba parte de los apostolados del Opus Dei (cf. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia...*, o. c., p. 453).

la cena. También en esas jornadas, Escrivá dijo la “Misa seca” por devoción al Santo Sacrificio, y dirigió a última hora de la noche el rosario, que rezaba de rodillas –acompañado por el matrimonio Sellés y Álvaro Portillo–, a los pies de una imagen de la Sagrada Familia¹³⁹.

Mientras tanto, Juan Jiménez Vargas buscaba refugios estables para el fundador y los demás miembros de la Obra. Como las casas de los familiares ya no resultaban seguras, volvió a considerar la posibilidad de pedir asilo en la embajada de algún país. Por entonces, era *vox populi* que muchas naciones permitían la entrada de refugiados en sus correspondientes sedes diplomáticas. Con este fin, el 6 de octubre estuvo con Vicente Rodríguez Casado en la embajada de Cuba; dos días más tarde, regresó de nuevo con González Barredo. En ambas ocasiones, el secretario no los recibió. También hicieron otra gestión con el cónsul de Grecia, que no fructificó.

La solución llegó por otra vía. Gracias a los médicos Joaquín Herrero Fontana y Alfonso Infante¹⁴⁰, Jiménez Vargas contactó con Ángel Suils, un joven psiquiatra de treinta años que dirigía un sanatorio psiquiátrico de la Ciudad Lineal¹⁴¹. Además de admitir a Escrivá en el centro sanitario, Suils medió para que no tuviesen que rellenar el papeleo previsto, que hubiese incluido el envío de los datos personales a la Dirección General de Seguridad.

¹³⁹ Cf. Recuerdo de Eugenio Sellés Martí, Madrid, 7-X-1975, en AGP, serie A.5, 246-1-2.

¹⁴⁰ Alfonso Infante Gómez había participado en actividades formativas en la Academia DYA tres años antes (cf. Ficha del Curso de Religión, 22-II-1934, en AGP, serie A.2, 41-1-1).

¹⁴¹ Ángel Suils Pérez, originario de Logroño, había conocido en su ciudad de origen a los Herrero Fontana y a los Escrivá (cf. Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, II, o. c., p. 40, nt. 73). Después de terminar la carrera de Medicina en la Universidad de Madrid, Suils fue nombrado director de la Casa de Reposo y Salud. También trabajaba con el doctor Jiménez Díaz y era director médico de un sanatorio para niños con minusvalías, ubicado en el norte de Madrid (cf. “Relación de méritos y servicios del opositor doctor Ángel Suils Pérez”, Madrid, 12-VI-1942, en AGP, serie A.2, 8-2-6).

El 7 de octubre por la mañana, Joaquín Herrero Fontana y José María Escrivá salieron del chalet de los Sellés y se presentaron en casa de Juan Jiménez Vargas, mientras que Álvaro Portillo se fue en busca de otro refugio. José María Hernández Garnica, que seguía escondido en la vivienda de sus padres, aprovechó ese momento para visitar al fundador y confesarse con él; después, regresó de nuevo a su domicilio. Durante ese tiempo, Joaquín pidió una ambulancia al Hospital de Urgencia para trasladar a Escrivá.

En el camino hacia el sanatorio psiquiátrico, Joaquín Herrero, que iba de copiloto, comentó que llevaban a un enfermo mental con grandes manías —Escrivá había dicho en voz alta que era el doctor Marañón—, por lo que el miliciano que conducía protestó: «Si está tan loco, más vale pegarle un par de tiros y no perder el tiempo»¹⁴². Con audacia, Herrero salió al paso diciendo que antes tendría que matarle a él. El miliciano cedió y llegaron al sanatorio sanos y salvos.

Seis días más tarde, el miércoles 13, un médico del psiquiátrico comunicó por teléfono a Juan Jiménez Vargas que podían visitar a José María Escrivá. Jiménez Vargas entendió que detrás de esa llamada estaba el fundador, quien, completamente aislado, deseaba conocer la situación en la que se encontraban sus hijos. Pero, por motivos de seguridad, frenó cualquier contacto. Acudió a casa del director del sanatorio, el doctor Ángel Suils, y le dijo «que el Padre no se ocupe de nadie, como si no estuviésemos en Madrid. Ni teléfono ni nada. Únicamente, si hay peligro para él, que me avisen a mi casa»¹⁴³. Una vez más, asumía la responsabilidad última en la protección de Escrivá. De hecho, trató de obtener un carnet de algún partido del Frente Popular porque ya no bastaba con mostrar la cédula personal cuando la policía o los milicianos requerían la documentación. Dio con el paradero de Carlos Elordi, estudiante de Medicina que había ido por DYA, y le rogó que consiguiera «al Padre un

¹⁴² Recuerdo de Joaquín Herrero Fontana, Madrid, II [*sic*]-1975, en AGP, serie A.5, 219-3-3.

¹⁴³ *Ibidem*.

salvoconducto como nacionalista vasco»¹⁴⁴. Pero la gestión no salió porque Elordi tuvo miedo de que lo descubrieran.

Aunque estaba resuelta –al menos, provisionalmente– la situación del fundador, era urgente abordar la del resto. Sin duda, resultó curiosa la estampa de Jiménez Vargas, Zorzano y González Barredo paseando por un parque durante la mañana del 13 de octubre y «haciendo como que estudiábamos inglés»¹⁴⁵. En realidad, le daban vueltas a qué más podían hacer, de modo que el grupo de los estudiantes o de los jóvenes profesionales de la Obra que estaban llamados a filas –era el caso de Rodríguez Casado, Hernández Garnica y Portillo– encontrasen un lugar seguro, pues corrían el peligro de que los detuvieran en sus domicilios.

El propio Jiménez Vargas estaba inseguro en casa de sus padres, en la calle San Bernardo. Nada más desayunar, salía del apartamento. Prefería estar en la calle, ya que, si sufría otro registro, tenía altas probabilidades de ser detenido. Pero el 16 de octubre se quedó en casa para esperar a Zorzano, que había ido al sanatorio psiquiátrico para proponer a Escrivá que celebrara la Misa en el chalet de Eugenio Sellés¹⁴⁶. De repente, a mediodía, se presentaron en su domicilio un guardia de asalto llamado Esterlich y tres milicianos, con una orden de detención emitida por la Dirección General de Seguridad¹⁴⁷. Juan, que todavía

¹⁴⁴ Diario de Juan Jiménez Vargas, 15-X-1936, en AGP, serie A.2, 8-1-4.

¹⁴⁵ Diario de Juan Jiménez Vargas, 13-X-1936, en AGP, serie A.2, 8-1-4.

¹⁴⁶ El 22 de agosto de 1936, el cardenal Eugenio Pacelli, secretario de estado vaticano, aprobó «la facultad de celebrar, cuando sea imposible hacerlo de otro modo, el santo sacrificio sin ara, sin ornamentos sagrados y usando en vez de cáliz un vaso de vidrio decente» (citado en Antonio MONTERO MORENO, *Historia de la persecución religiosa...*, o. c., p. 100). Por Eugenio Sellés, Escrivá supo a primeros de octubre que podía decir Misa con los elementos imprescindibles (cf. Relato de Juan Jiménez Vargas, sin fecha, en AGP, serie A.2, 8-2-10). Celebrar en casa de Sellés era un plan arriesgado, pero Jiménez Vargas agradecía y aceptaba la oferta: «En esta epidemia de egoísmo cobarde que padece Madrid, él y las Leyva son casos excepcionales de generosidad» (Diario de Juan Jiménez Vargas, 11-X-1936, en AGP, serie A.2, 8-1-4).

¹⁴⁷ Cf. Anotación de Juan Jiménez Vargas, sin fecha, en AGP, serie A.2, 8-1-3.

llevaba el pijama, no pudo escapar. Esa misma noche ingresó en la prisión de Porlier, de Madrid¹⁴⁸.

Álvaro Portillo tuvo más suerte de momento. Durante los días previos había intentado alojarse en la embajada de México, pero no pudo hacer nada porque poco antes asesinaron al intermediario; luego pensó en refugiarse en San Luis de los Franceses, pero supo que, en realidad, allí no se aseguraba la inmunidad diplomática. Finalmente, después de haber pasado unas jornadas en casa de sus padres a principios de octubre, se guareció en un anexo de la legación de Finlandia, que se ubicaba en la calle Velázquez 55.

La situación de Vicente Rodríguez Casado cambió poco después, el 19 de octubre, gracias a una acción audaz de su madre. Como la familia había sufrido ya muchos registros, la mujer llevó a la legación de Noruega a su marido y a su hijo Vicente. Según Jiménez Vargas, «consiguió que el Embajador los admitiese por el procedimiento de decirle, cuando ya estaban dentro del edificio, que no podían salir por lo dramático del caso»¹⁴⁹. De este modo, Vicente encontraba un escondite más estable, pero perdía el contacto con los demás, pues nadie conocía que se había asilado.

Por su parte, Eduardo Alastrué permaneció en casa de su familia hasta el mes de noviembre, en que fue detenido y llevado al tribunal revolucionario de la calle Fomento. Según Jiménez Vargas, «cuando iban a sacarle para “darle el paseo” le dejaron en libertad, no se sabe cómo, con la condición de presentarse en el Ejército Rojo, en un plazo de ocho días»¹⁵⁰. En vez de alistarse, se escondió en una pensión de Madrid, con la esperanza de que acabara pronto la guerra.

Y el resto de miembros de la Obra en Madrid —Isidoro Zorzano, José María Hernández Garnica y Miguel Bañón— continuaron en los domicilios familiares, sin bajar a la calle.

¹⁴⁸ Hablaremos de esta cárcel provisional en el siguiente capítulo.

¹⁴⁹ Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 22-II-1985, en AGP, serie A.5, 221-1-3.

¹⁵⁰ *Ibidem*. En el caso de que lo hubiera, desconocemos el motivo de la detección de Alastrué.

El caso de Isidoro era singular. Desde que había abandonado precipitadamente la Residencia DYA, el 20 de julio de 1936, vivía con su madre y con su hermana pequeña en la calle Serrano 51, cuarto izquierda¹⁵¹. El apartamento resultaba relativamente seguro porque podían pasar por extranjeros, ya que cuatro de los cinco hermanos Zorzano Ledesma —entre ellos, Isidoro— habían nacido en Buenos Aires; al menos, así ocurrió cuando la casa fue asaltada por unos milicianos, que se fueron al ver los papeles. Para evitar nuevas molestias, la embajada de Argentina en España les proporcionó un impreso en el que se indicaba que el apartamento estaba bajo su protección. Con todo, Isidoro no puso un pie en la calle durante los meses de agosto y de septiembre porque sabía que le buscaban con una orden de detención y fusilamiento, emitida en Málaga, la ciudad donde había trabajado los años anteriores¹⁵².

En cambio, a partir de octubre, se atrevió a salir de nuevo. Además de que había cambiado algo su apariencia externa —llevaba gafas oscuras y un peinado distinto—, contaba con un documento en el que se certificaba que era originario de Buenos Aires y con un brazalete con los colores blanco y celeste de la bandera argentina. El hecho de ser rioplatense no le concedía la nacionalidad —seguía «corriendo riegos graves de detención»¹⁵³— pero, al menos, el certificado de nacimiento y la cinta le bastaban para justificar su estancia en Madrid ante los milicianos, como pudo comprobar en los frecuentes controles que sufrió en la calle y, alguna vez, en su casa¹⁵⁴.

¹⁵¹ Cf. Archivo General de la Villa de Madrid (en adelante, AVM), Padrón 1935, tomo 123, hoja n. 31640.

¹⁵² Cf. Carta de Isidoro Zorzano a Saturnino Cobos, Madrid, 15-IV-1939, en AGP, IZL, C-390415. IZL es la sigla correspondiente a la sección provisional de AGP que contiene los documentos referentes a Isidoro Zorzano Ledesma.

¹⁵³ José Miguel PERO-SANZ ELORZ, *Isidoro Zorzano Ledesma...*, o. c., p. 199.

¹⁵⁴ Cf. Diario de Juan Jiménez Vargas, 17-II-1937, en AGP, serie A.2, 8-1-5; y José Miguel PERO-SANZ ELORZ, *Isidoro Zorzano Ledesma...*, o. c., pp. 195-196.

La familia Escrivá Albás en la calle Doctor Cárceles

En el apartamento que habían alquilado en la calle Doctor Cárceles 3, la madre de don José María, María Dolores Albás, acusaba especialmente la guerra. A pesar de que no era de edad muy avanzada —tenía cincuenta y nueve años— llevaba sobre sus hombros una larga vida de renunciadas y de entrega a su familia. Muchos eran los momentos duros del pasado; entre otros, la pérdida, por enfermedad, de tres hijas pequeñas cuando era una joven esposa, entre 1910 y 1913; la incompreensión de parte de la familia por las decisiones empresariales que había adoptado su marido, José Escrivá, en 1914; la muerte de su esposo en 1924; y los once traslados de domicilios realizados en las últimas dos décadas. Ahora, solo deseaba que el conflicto acabara y que sus hijos se establecieran, de modo que José María pudiera llevar a cabo lo que Dios le pedía, la Obra; que Carmen, que tenía ya treinta y siete años, se situase establemente; y que el adolescente de la casa, Santiago —de diecisiete años— empezase la universidad.

Los primeros meses de la guerra civil estuvieron marcados para la familia por la suerte que pudiera correr José María. Dolores, Carmen y Santiago sabían que estaba en marcha una represión asesina del clero. Lo único que podían hacer era rezar por él y esperar las noticias. Las informaciones sobre su paradero resultaban siempre difusas y lacónicas. Isidoro, Juan o Manolo les decían de vez en cuando que estaba sano y salvo, pero no les facilitaban datos de sus refugios. A la familia, como recordaba Santiago, le bastaba; es más, «posiblemente mi madre prefería no saber dónde estaba, si recibía frecuentemente noticias de que estaba bien»¹⁵⁵.

Tanto Carmen como Santiago trataron de ahorrar disgustos a su madre. Santiago compraba el periódico *ABC* e intentaba leer entre líneas lo que pasaba, pues había censura; luego, recortaba las páginas que hacían referencia directa a la guerra para

¹⁵⁵ Recuerdo de Santiago Escrivá de Balaguer y Albás, Madrid, 10-II-1979, en AGP, serie A.5, 210-1-5.

que no las leyese doña Dolores¹⁵⁶. Pero no siempre fue posible evitarle sufrimientos. Conocemos, por ejemplo, que un día del mes de agosto presenciaron un asesinato en plena calle, a primera hora de la noche¹⁵⁷.

En octubre vivieron otro suceso desagradable. Llamaron a la puerta de su casa y, al abrir, se encontraron con dos hermanas de Norberto Rodríguez, uno de los sacerdotes que se habían formado en el espíritu del Opus Dei en los años anteriores. Lo recordaba Santiago Escrivá: «Se presentaron para pedirnos dinero, un dinero que, pretendían, se lo debíamos a su hermano. Como no era verdad, la conversación se fue poniendo tensa, hasta el extremo [de] que llegaron a decirle a mi madre –no sé de dónde lo sacarían– que habían visto a José María muerto: colgado de un farol en la calle. Entonces no me pude aguantar y les dije lo que me pareció que se merecían y las eché a la calle. Se despidieron con amenazas contra mí. Es imaginable cómo quedó mi madre con aquella falsa noticia en unos momentos en que las verdaderas y directas escaseaban»¹⁵⁸. Enseguida, Santiago indagó sobre el paradero de su hermano y le confirmaron que se encontraba bien. Pero aquella triste anécdota dejó una nueva huella de dolor en Dolores Albás.

Otra inquietud, esta vez más prosaica, fue la comida. El abastecimiento de la ciudad se complicó a partir de agosto por las operaciones en los frentes de guerra. Como consecuencia, disminuyeron los *stocks*, los vendedores acapararon algunos bienes –también de primera necesidad–, y la población sufrió cierta escasez de diversos productos, sobre todo huevos y azúcar. En septiembre, aparecieron las primeras colas, debidas a las dificultades para distribuir carne. Entonces, Carmen trató de comprar lo que

¹⁵⁶ Cf. Recuerdo de Santiago Escrivá de Balaguer y Albás, Madrid, 10-II-1979, en AGP, serie A.5, 210-1-5.

¹⁵⁷ Cf. Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, sin fecha, en AGP, serie A.5, 160-4-6.

¹⁵⁸ Recuerdo de Santiago Escrivá de Balaguer y Albás, Madrid, 10-II-1979, en AGP, serie A.5, 210-1-5. Para Jiménez Vargas, aquellas mujeres tal vez se confundieron al identificar un cadáver o quizá se referían a un sacerdote que fue confundido con José María Escrivá (cf. Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 22-II-1985, en AGP, serie A.5, 221-1-3).

estuviera disponible en las tiendas de ultramarinos, como latas «de sardinas, pimientos y tomate, galletas y chocolate»¹⁵⁹.

Las mujeres en contacto con el apostolado de la Obra

Las mujeres que mantenían dirección espiritual con don José María Escrivá, para formarse en el espíritu de la Obra, residían en Madrid. Una de ellas, Hermógenes García, tomó la iniciativa y consiguió mantener cierta relación con Felisa Alcolea Millana, Natividad González Fortún y Ramona Sánchez Elvira. Por su parte, Antonia Sierra seguía ingresada en el Hospital Provincial de Madrid.

Vivieron la contienda militar con temor y trepidación por lo que pudiera ocurrirle al fundador. A veces, escucharon noticias sorprendentes. Natividad González recordaba que, en los primeros días del conflicto, Hermógenes García se encontró con el sacerdote Lino Veá-Murguía, quien le dijo que José María Escrivá había sido «crucificado en una cruz en forma de aspa, como a San Andrés»¹⁶⁰, cosa que Natividad no creyó.

Como vimos, el 23 de julio Hermógenes pasó a visitar a don José María y a su familia en el piso de Doctor Cárceles. Después, mantuvo el contacto con Dolores y Carmen, a las que ya conocía desde meses antes porque había acudido a su casa para colaborar en algunas tareas domésticas¹⁶¹.

3. LA SITUACIÓN EN EL LEVANTE, CIUDAD REAL Y GUADALAJARA

El 19 de julio, los partidos y sindicatos del Frente Popular en Valencia movilizaron a sus afiliados para que hiciesen una

¹⁵⁹ Santos ALCOCER, *Fusilado en las tapias del cementerio*, G. del Toro, Madrid 1975, p. 31.

¹⁶⁰ Recuerdo de Natividad González Fortún, Madrid, 4-IX-1975, en AGP, serie A.5, 217-1-3.

¹⁶¹ Cf. Recuerdo de Ramona Sánchez Elvira, Santiago de Compostela, 12-XI-1977, en AGP, serie A.5, 244-1-4.

huelga general. Enseguida, la izquierda revolucionaria suplantó al poder institucional. Las patrullas de milicias, que se denominaban a sí mismas “de control”, se autoerigieron en fuerza pública. Aplicaron un sistema de represión semejante al que existía en otras ciudades republicanas. El terror se acentuó cuando estas milicias fueron coordinadas por un Comité de Salud Pública¹⁶².

Los dueños del Hotel Balear, donde se alojaba Ricardo Fernández Vallespín, cerraron el establecimiento, pero les permitieron a los huéspedes continuar dentro, en régimen de pensión. Por su parte, Paco Botella permaneció en la casa de sus padres, en la Avenida del Marqués del Turia 20. Su primo, Enrique Espinós, también se quedó en el domicilio familiar.

Desde entonces, Ricardo Fernández Vallespín y Francisco Botella se reunieron todos los días para ponderar qué podían hacer ante lo que consideraban que era una situación pasajera, de poco tiempo. Fernández Vallespín no podía regresar a Madrid, debido a que no tenía forma de hacerse con un salvoconducto. Y Botella, que estaba en edad militar, se resistía al pensamiento de acudir al Ejército si le llamaban a filas. Por otro lado, tampoco convenía que telefonaran a la capital —temían que las líneas estuvieran intervenidas— o que escribiesen cartas, ya que podían dar pistas sobre el paradero del fundador a quienes las censuraran. Así pues, resolvieron esperar.

Con el pasar de las semanas, la situación en Valencia empeoró. Se impuso una violencia arbitraria con detenciones, asesinatos, incautación de edificios y robo de bienes particulares¹⁶³. Cuando se reunían, Ricardo Fernández y Francisco Botella recordaban la formación cristiana que habían recibido en DYA, y se animaban mutuamente para no dejar sus prácticas de piedad. Confiaban en que Dios salvaría al fundador y que la Obra

¹⁶² Cf. José RODRÍGUEZ OLAZÁBAL, *La administración de justicia en la guerra civil*, Alfons El Magnànim, Valencia 1996, pp. 72-84; y Vicent GABARDA CEBELLÁN, *La represión en la retaguardia republicana. País Valencià, 1936-1939*, Alfons el Magnànim, Valencia 1996, pp. 25-35.

¹⁶³ Cf. Luis MORENO MASSA, *La horda en el “Levante feliz”. Visto y vivido en la revolución roja*, Pascual Quiles, Valencia 1939, pp. 17-18.

superaría aquella época tormentosa. A la vez, mientras paseaban por las calles, se interrogaban continuamente por la suerte que corría la Residencia de Ferraz 16, sobre todo después de haber leído en la prensa los reportajes que referían el asalto al Cuartel de la Montaña.

Hasta el 22 de julio asistieron a Misa en la parroquia de San Juan y San Vicente. Después, Pablo Soler, un arquitecto que había ido por Ferraz, les dijo «que podríamos ir a Misa a una casa de la calle de Salamanca. Fuimos. Celebraba el sacerdote con ornamentos. La última vez que estuvimos en Misa fue el día de Santiago, 25 de julio»¹⁶⁴. Luego, la represión religiosa se acentuó. Por ejemplo, en cierta ocasión vieron cómo un grupo de milicianos asaltaba una vivienda eclesiástica cercana a la universidad. Ricardo y Paco se dispersaron hasta la jornada siguiente.

El 27 de julio, Ricardo Fernández Vallespín intercambió un telegrama con José María Escrivá y Juan Jiménez Vargas¹⁶⁵. Poco tiempo más tarde, Francisco Botella recibió unas breves líneas de Isidoro Zorzano en las que resumía que en Madrid todos estaban bien y que, de momento, era más seguro que no escribieran. En cambio —tal vez porque eran más fáciles las comunicaciones en el Levante—, Paco Botella entabló contacto epistolar con Pedro Casciaro. Ahora bien, en septiembre, y por temor a los aires revolucionarios que se respiraban —que incluían el rechazo de los títulos nobiliarios—, Botella puso como remite de la casa de sus padres “M. de Turia 20”, evitando mencionar la palabra “Marqués” con todas sus letras. Al recibir la misiva, Pedro entendió que Paco había escrito desde el “Hotel de Turia, habitación 20”, por lo que su siguiente respuesta se perdió. De esta forma tan peregrina, se interrumpió durante unos meses el contacto entre los dos¹⁶⁶.

¹⁶⁴ Recuerdo de Francisco Botella, Madrid, 25-V-1980, en AGP, serie A.5, 200-1-1.

¹⁶⁵ *Diario de Ferraz*, 27-VII-1936, p. 100r.

¹⁶⁶ Se conserva el borrador de una carta que bien pudo ser la respuesta de Casciaro: cf. Carta de Pedro Casciaro a Francisco Botella, Torrevieja (Alicante), 21-IX-1936, en AGP, serie M 1.1, C146 - B1.

Entre agosto y diciembre de 1936, Ricardo y Francisco no tuvieron noticias del fundador y de los que estaban en Madrid. Según Botella, fue una época dura, «en la que nos sentimos solo unidos al Padre por la oración»¹⁶⁷. En la medida de lo posible, llevaron una vida normal. Así, durante las semanas de buen tiempo se bañaban, rezaban en la playa y «Ricardo estudiaba inglés y yo matemáticas»¹⁶⁸.

Un día, les pidieron la documentación en el autobús que los conducía al puerto. Como Paco llevaba solo la cédula personal, sospecharon de él, pues unas jornadas antes se habían escapado de un barco del puerto varios detenidos, entre los que se figuraban estudiantes de Madrid. Entonces, a Paco se le ocurrió hablar en valenciano con el miliciano, quien le dejó marchar, dado que su acento no dejaba dudas acerca de su procedencia. Desde entonces, ya no se movieron de Valencia; quedaban por las tardes en casa de Botella y, como él mismo recordaba, «luego salíamos a dar una vuelta y a rezar por la calle el santo rosario. Daba gusto hacerlo ante el contraste de signos comunistas y anarquistas y del ambiente revolucionario. Hablábamos muy poco, porque solo pensábamos y rezábamos sin parar, por el Padre»¹⁶⁹.

Al ver que el conflicto se alargaba, Ricardo buscó la forma de tener más estabilidad y libertad de movimientos. Se hizo con un comprobante de su categoría profesional, que le llegó a través del Colegio Oficial de Arquitectos de Valencia; y —gracias al aval de un arquitecto comunista de su promoción— se afilió al sindicato socialista Unión General de Trabajadores (UGT)¹⁷⁰.

Mientras tanto, Pedro Casciaro continuaba en Los Hoyos, la finca familiar de Torrevieja (Alicante). El lugar resultaba relativamente seguro. Su abuelo, Julio Casciaro, había solicitado el pasaporte inglés porque era hijo de un súbdito británico.

¹⁶⁷ Recuerdo de Francisco Botella, Madrid, 25-V-1980, en AGP, serie A.5, 200-1-1.

¹⁶⁸ *Ibidem*.

¹⁶⁹ *Ibidem*.

¹⁷⁰ Cf. Recuerdo de Ricardo Fernández Vallespín, Madrid, 7-VII-1975, en AGP, serie A.5, 211-2-1.

Además, la familia había cosido una gran bandera del Reino Unido y la había colocado en lo más alto de un antiguo palomar, dando a entender que la finca era territorio británico¹⁷¹. Por este motivo, y por la lejanía de lugares poblados, los Casciaro disfrutaban de la paz que ofrece una propiedad rural alejada de los problemas de abastecimiento o de inseguridad personal. Solo sufrieron algunas requisas de ganado y de alimentos por parte de los milicianos¹⁷².

La situación de Pedro resultaba envidiable. Por un lado, había sido llamado a filas, pero, después de pasar un reconocimiento médico, fue declarado no apto; según parece, más que por un problema físico, se libró de acudir a las armas gracias a un pariente médico. Por otro lado, contaba con la protección de su padre —catedrático del instituto de Enseñanza Media—, que era teniente alcalde de la ciudad de Albacete y que había sido nombrado presidente del comité de Izquierda Republicana de la provincia¹⁷³.

Con el paso de las semanas, más de veinte familiares y amigos se refugiaron en la finca de Los Hoyos. Aunque no practicaba la fe, el padre de Pedro Casciaro también protegió a los sacerdotes y religiosos que se lo pidieron porque no compartía los crímenes anticlericales. En un armario de la casa principal, la familia Casciaro tuvo reservado el Santísimo Sacramento, e incluso colocó una lamparilla que indicaba su presencia. Pedro rezó diariamente en esa habitación. Además, supo que había un

¹⁷¹ El gobernador civil de Alicante había indicado al Ayuntamiento de Torrevieja que se respetasen las personas y las entidades de nacionalidad extranjera (cf. Carolina MARTÍNEZ LÓPEZ, *Un pueblo en la retaguardia. La Guerra Civil en Torrevieja [1936-1939]*, Siete Mares, Madrid 2007, p. 56).

¹⁷² Cf. José María CASCIARO, *Vale la pena. Tres años cerca del Fundador del Opus Dei: 1939-1942*, Rialp, Madrid 1998, p. 24.

¹⁷³ Cf. Expediente de depuración de Pedro Casciaro Parodi, en Archivo General de la Administración (en adelante, AGA), *Educación y Ciencia*, 32/16744. En Albacete triunfó la sublevación militar del 18 de julio de 1936, pero en una semana fue reducida por las tropas republicanas (cf. Manuel ORTÍZ HERAS, *Violencia política en la II República y primer franquismo. Albacete, 1936-1950*, Siglo Veintiuno, Madrid 1996, pp. 64-67).

sacerdote mayor escondido en Torre La Mata, un pueblo cercano. Entonces, consiguió un salvoconducto y se desplazó en bicicleta a esa localidad regularmente para confesarse y recibir la Comunión¹⁷⁴.

A inicios de septiembre, Pedro Casciaro recibió con alegría una postal de José María Escrivá. Sin contacto con nadie, había llegado a pensar que los demás de la Obra estaban muertos; cuando le asaltó esa idea, se comprometió con Dios para seguir adelante porque así se lo había prometido al fundador. Poco después, empezó a cartearse con los de Madrid a través de Isidoro Zorzano. También contactó con Miguel Fisac, que vivía en Daimiel (Ciudad Real); por ejemplo, le informó de «que Ricardo y [las] demás amistades de Madrid se encuentran bien. Se han mudado de casa»¹⁷⁵. En cambio, como vimos, perdió durante un tiempo la comunicación con Paco Botella y Ricardo Fernández Vallespín.

Por su parte, Rafael Calvo Serer y un hermano suyo, José María, estaban escondidos en la casa de campo de unos parientes en Alcalalí (Alicante). Rafael no tuvo dificultades para ponerse en contacto con Paco y Ricardo gracias a dos personas de confianza. El primero fue un primo sordomudo suyo, que se encargó de traer y de llevar cartas a los de Valencia; el segundo, un conductor de la empresa de autobuses “El Zurdo” —que hacía el servicio de Valencia a Alcalalí—, quien, además de las misivas postales, le llevó algunos libros.

Más compleja era la situación de Miguel Fisac. Había vivido con gran angustia el verano de 1936 porque la revolución social estalló con fuerza en su pueblo, Daimiel. Un centenar de personas —entre quienes se contaban diez sacerdotes y algunos parientes suyos— fueron asesinadas, y otras pasaron por los tribunales revolucionarios del pueblo; además, se destruyeron varios templos¹⁷⁶. En su propia casa, sufrieron el terror. Aunque

¹⁷⁴ Cf. Pedro CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos*, o. c., pp. 74-75.

¹⁷⁵ Carta de Pedro Casciaro a Miguel Fisac, Torrevejea (Alicante), 7-IX-1936, en AGP, serie M 1.1, C146 - B1.

¹⁷⁶ Daimiel era un pueblo de dieciocho mil quinientos habitantes. Ciento siete personas fueron víctimas de la represión durante la guerra civil (cf. Jesús

estaba al margen de la política, el padre de Miguel permaneció detenido un tiempo en una checa; y un párroco de una iglesia cercana, al que alojaron los Fisac, fue detenido y asesinado después de padecer una tortura cruel.

A las pocas semanas del inicio del conflicto, llamaron a filas a Miguel Fisac¹⁷⁷. Acudió a Ciudad Real pero, como no quería alistarse en el Ejército republicano, consiguió que un médico amigo le extendiera un certificado en el que se decía que estaba enfermo, cosa que en parte era cierta porque una colitis, que padecía desde hacía tiempo, se le había agudizado. Una vez recuperado, se mantuvo dentro de su casa, situada en la calle Comercio 14, en Daimiel. Durante ese tiempo, estuvo prácticamente incomunicado. Solo pudo cartearse alguna vez con el fundador y con Pedro Casciaro, señalando de modo escueto que se encontraba bien¹⁷⁸.

Para concluir el repaso de los miembros de la Obra localizados en la zona republicana, nos referimos a José María Isasa. Cuando estalló la guerra, veraneaba con su familia en una casa forestal, cerca de Molina de Aragón (Guadalajara); su padre era ingeniero de montes y estaba destinado en la Jefatura de Montes de Guadalajara. Con ellos vivían el guarda forestal, su familia y la niñera.

Como la casa estaba aislada en el campo, no tuvieron noticias de la sublevación hasta el 26 de julio, cuando se presentaron unos milicianos para proceder a un registro. Al día siguiente, Pepe y el guarda bajaron al pueblo para oír Misa. Encontraron

GUTIÉRREZ TORRES, "Daimiel en guerra: la vida de un pueblo manchego en zona republicana", en FRANCISCO ALÍA MIRANDA - ÁNGEL RAMÓN DEL VALLE CALZADO, *La guerra civil en Castilla-La Mancha, 70 años después*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca 2008, pp. 1203-1205).

¹⁷⁷ Probablemente estaba destinado al batallón Adelante, una unidad de milicianos que se formó durante el mes de agosto con mozos de la provincia de Ciudad Real, y que marchó a Madrid el 4 de septiembre (cf. FRANCISCO ALÍA MIRANDA, *La Guerra Civil en retaguardia. Conflicto y revolución en la provincia de Ciudad Real [1936-1939]*, Ciudad Real 1994, p. 90).

¹⁷⁸ Cf. JESÚS SEVILLA LOZANO, *Miguel Fisac...*, o. c., pp. 104-111; y Anotaciones de José María Escrivá entre el 20 y el 25 de julio de 1936, en AGP, serie A.2, 8-1-1.

cerrada la puerta de la iglesia parroquial, con un cartel que decía: “Incautada por el Frente Popular”. Esa tarde sufrieron una nueva incursión en la casa forestal, que acabó con la conducción de Pepe al pueblo, donde prestó declaración hasta altas horas de la madrugada. Veinticuatro horas más tarde sufrieron un tercer registro, en el que los milicianos estuvieron a punto de raptar a la niñera, por lo que decidieron buscar un lugar más seguro.

Una familia amiga, que se encontraba en San Sebastián, les prestó a los Isasa su vivienda en Molina de Aragón. Cuando llegaron al pueblo, Pepe se enteró de que su quinta estaba llamada al Ejército. Pero, como era poco conocido en esa localidad porque desde hacía años estudiaba en Madrid la carrera de Arquitectura y pasaba las vacaciones en la casa forestal, se escondió.

Poco después, el 5 de agosto, un grupo de artillería del Ejército sublevado y algunos guardias civiles entraron en Molina de Aragón. De este modo, esa localidad pasó a manos de los nacionales. Dos semanas más tarde —el 19 de agosto—, Pepe Isasa se alistó en el Ejército nacional en Zaragoza¹⁷⁹.

¹⁷⁹ Cf. “La casa de Génova 25” (manuscrito inédito), en Archivo personal de Juan de Isasa (Madrid).